

CLARÍN, LEOPOLDO ALAS (1852-1901)

PALIQUES

INDICE:

Palique del palique
Un candidato
Diálogo edificante
Preparativos del Centenario
¿Quién descubrió a América?
Colón y Compañía
La muiñeira
Rapsodia I
Rapsodia II
Entre faldas
El certamen de San Juan de la Cruz
San Juan de la Cruz y la Srta. Valencia
Alarcón (Últimos escritos)
Ramos Carrión
Vital Aza
Don Manuel Silvela
Castro y Serrano
Fabié académico
Un discurso de Cánovas

Palique del palique

Cosas pretenden de mí, bien contrarias en verdad, mi médico, mis amigos y los que me quieren mal... que también suelen llamarse mis amigos. El romance de Moratín puedo hacerlo mío, no porque la propiedad sea un robo, sino por lo pintiparado que me viene. También a mí los médicos... espirituales me dicen: «¡No trabaje usted tanto!». Es decir, no escriba usted tanto, no desparrame el ingenio (muchas gracias) en multitud de articulejos... no escriba usted esas resmas de crítica al pormenor; haga novelas, libros de crítica seria... de erudición... y sobre todo menos articulillos cortos... ¡Esos paliques!... Pobres paliques. Como quien dice: ¡pobres garbanzos!

Otros exclaman: -Eso, eso, venga de ahí... vengan *paliques*, palo a los académicos; *palo* a los poetastros y a los novelis... *tastros* o *trastos*; en fin, palo a diestro y siniestro. Algunos de los que esto piden deben de creer que palique viene de palo.

Yo quisiera dar gusto a todos; pero, mientras cumplo o no cumplo con este ideal, procuro satisfacer los *pedidos* de los editores de mis cuartillas humildes. Porque aquí está la madre del cordero, como decía un químico, explicando el gasómetro en el Ateneo de Madrid, al llegar a no sé qué parte del aparato.

Si se me pregunta por qué escribo para el público, no diré como el otro, «que se pregunte por qué canta el ave y por qué ruge el león y por qué ruge la tempestad -que también ruge- etc. etc...». Mentiría como un bellaco si dijese que no puedo menos de cantar, quiero decir, de escribir, que me mueve un *quid divinum*. El *quid* está en que no sé hacer otra cosa, aunque tampoco esta la haga como fuera del caso. ¡Si yo sirviera para notario! Entonces no escribiría, a no ser en papel sellado. Me ganaría miles de duros declarando a troche y moche que ante mí habían parecido D. Fulano y D. Zutano que conmigo firmaban, y otras cosas así que no son de la escuela sevillana, ni plagios del Intermezo de Heine, aunque no sean originales, a pesar de constar en el original, o dígase *matriz*. Pero, no señor; no sirvo para notario. Acabo de presenciar unas oposiciones a cierta notaría vacante en mi pueblo. ¡Qué humillación la mía! ¡Qué sé yo, ni podré saber nunca de aquella manera de doblar y coser el papel (y cobrar las puntadas) ni de *pestañas* y márgenes, y... y no hay que darle vueltas; no sirvo más que para *paliquero*, en mayor o menor escala; la diferencia estará en citar o no citar a los *hermanos Goncourt*, como decía una graciosa caricatura de *Madrid Cómico*, en ponerme serio con los serios y escribir párrafos largos y hasta algo poéticos, si cabe, o no ponerme serio ni *adjetivar*, pero al fin siempre seré un *paliquero* más o menos disimulado. Así nací para las letras, así moriré. Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, como dice Sancho.

Lo que no admito es que se sostenga, como se ha sostenido, que quiero formar escuela. Lo que yo quiero formar es cocina. Una cocina económica, pero honrada. Yo no soy rico por mi casa ni por la ajena; *pulso la opinión*, como los diputados; y por conducto de los empresarios de periódicos veo que la *opinión* quiere *paliques* y hasta los paga, aunque no tanto como debiera... pues allá van, ¿qué mal hay en ello? «Que me gasto». ¿Qué me he de gastar? Más me *gastaría* si me comiera los codos de hambre.

Además, no parece sino que los paliques y sus similares tienen peste. ¿Qué culpa tienen ellos, ni yo, de que muchos lectores necesiten que las ideas con verdadera sustancia, serias *per se*, lleven un rótulo que diga: «ojo ¡esto es grave!»». Mi amiga, doña Emilia Pardo Bazán, siempre benévola y parcial en mi provecho cuando se trata de mis humildes papeles, reconoce que la seriedad de las cosas ha de ir dentro, y que la formalidad, ella mismo lo dice, es cosa formal; pero añade que pierdo no poco para con muchos por tanto paliquear; que si no fuera por eso me tendrían por un doctor en estética, no; y que lo que es ella me tiene... etc., etcétera. Muchas gracias; pero ni lo de doctor en estética me seduce, ni yo he de escribir jamás para dar gusto a cierta clase de aficionados a quien detesto, no por nada, sino porque son tontos más o menos instruiditos. Esto de llamar tontos a muchos, ya sé que es cosa antigua, y que en París la última moda entre ciertos

críticos de lo que se titulaba antes la *goma*, es hacerse vulgo, pensar como el *burgués* y reírse de los Flaubert, los Goncourt (ya parecieron los hermanos Goncourt) y demás *románticos realistas* que se reían o ríen de los burgueses, pero yo entiendo, como los diputados dicen también, aunque no siempre con exactitud, que efectivamente, ahora y siempre, y sea moda lo que quiera, hay muchos tontos, y que lo son los que se meten a pedir cotufas en el golfo y que todos escribamos *lectorem delectando, pariterque monendo*, y largo y tendido y citando todo lo que sepamos y pueda hacer al caso, aunque no tengamos gracia, ni seriedad, ni intención, ni fuerza, ni trastienda... ¡Ah, la trastienda, mi simpática, doña Emilia! Hace falta mucha trastienda; una trastienda que sea un almacén de muchas más cosas de las que se ven en el escaparate. El verdadero crítico ha de ser además de un literato un *hombre* (macho o hembra); y cuando los demás literatos (o literatas) crean que los está estudiando como tales, debe estar *analizándolos* en cuanto *hombres* también.

Los paliques, pues, no son malos, si hay trastienda; si no la hay, lo serán... como los discursos académicos y las *Summas* y las *Óperas omnias*, que decía el otro, cuando tampoco tienen trastienda.

Así, pues, el que quiera ser franco, que me discuta a mí *per me*, pero no ataque los inocentes paliques, que *per se* no han hecho mal a nadie.

Atáqueseme de frente como un señor que no dice digo sino *Diego*, el cual Diego asegura que unas veces soy un águila, otras veces otra ave, pero siempre una serpiente de cascabel.

Ya Bremón, sin nombrarme, me había *sacado* en muchas fábulas (algunas bonitas de veras) vestido de mosquito, o de hormiga, o de pólipo o cualquier animalejo de poco viso, pero de serpiente no me han visto salir hasta ahora.

Vaya por *Crotalus*, en fin, yo tendré todo el veneno y todos los cascabeles que se quiera, pero digo al señor de Diego y al mundo entero, que los paliques no tienen la culpa de nada, y que con ellos no aspiro a formar escuela ni *crear* un género.

El palique no tiene más definición que esta. «Es un modo de ganarse la cena que usa el autor honradamente, a falta de *pingües* rentas». Conque... *paliquearemos*, sin ofensa del arte, ni de la moral, ni de la religión, ni del culto... y clero. Y dispensen, mis médicos, mis amigos, y los que me quieren mal.

Un candidato

Tiene la cara de pordiosero; mendiga con la mirada. Sus ojos, de color de avellana, inquietos, medrosos, siguen los movimientos de aquel de quien esperan algo, como los ojos del mono sabio a quien arrojan golosinas, y que devorando unas, espera y codicia otras. No repugna aquel rostro, aunque revela miseria moral, escaso aliño, ninguna

pulcritud, porque expresa todo esto, y más, de un modo clásico, con rasgos y dibujo del más puro realismo artístico: es nuestro Zalamero, que así se llama, un pobre de Velázquez. Parece un modelo hecho a propósito por la naturaleza para representar el mendigo de oficio, curtido por el sol de los holgazanes en los pórticos de las iglesias, en las lindes de los caminos. Su miseria es campesina; no habla de hambre ni de falta de luz y de aire, sino de mal alimento y de grandes intemperies; no está pálido, sino atezado, no enseña perfiles de huesos, sino pliegues de carne blanda, fofa. Así como sus ojos se mueven implorando limosna y acechando la presa, su boca rumia sin cesar, con un movimiento de los labios que parece disimular la ausencia de los dientes. Y con todo, sí tiene dientes; negros, pero fuertes. Los esconde como quien oculta sus armas. Es un carnívoro vergonzante. Cuando se queda solo o está entre gente de quien nada puede esperar, aquella impaciencia de sus gestos se trueca en una expresión de melancolía humilde sin dignidad, picaresca, sin dejar de ser triste; no hay en aquella expresión honradez, pero sí algo que merece perdón, no por lo bajo y villano, sino por lo doloroso. Se acuerda cualquiera, al contemplarle en tales momentos, de Gil Blas, de don Pablos, de Maese Pedro, de Patricio Rigüelta, pero como este último, todos esos personajes, con un tinte aldeano que hace de esta mezcla algo digno de la égloga picaresca, si hubiese tal género.

Zalamero ha sido diputado en una porción de legislaturas, conoce a Madrid al dedillo, por dentro y por fuera, entra en toda clase de círculos, por altos que sean, se hace la ropa con un sastre de nota; y con todo, anda por las calles como por una calleja de su aldea remota y pobre.

Los pantalones de Zalamero tienen rodilleras la misma tarde del día que los estrena. Por un instinto del gusto, de que no se da cuenta, viste siempre de pardo, y en invierno el paño de sus trajes siempre es peludo. Los bolsillos de su americana, en los que mete las manazas muy a menudo, parecen alforjas.

No se sabe por qué, Zalamero siempre trae migajas en aquellos bolsillos hondos y sucios, y lo peor es que, distraído, las coge entre los dedos manchados de tabaco y se las lleva a la boca.

Con tales maneras y figura, se roza con los personajes más empingorotados, y todos le hacen mucho caso. «Es pájaro de cuenta», dicen todos. «Zalamero, mozo listo», repiten los ministros de más correa. Fascina solicitando. El menos observador ve en él algo simbólico; es una personificación del *genio* de la raza en lo que tiene de más miserable, en la holgazanería servil, pedigüeña y cazurra. «Yo soy un frailuco, dice el mismo Zalamero; un fraile a la moderna. Soy de la orden de los *mendicantes parlamentarios*». Siempre con el saco al hombro, va de ministerio en ministerio pidiendo pedazos de pan para cambiarlos en su aldea por influencias, por votos. Ha repartido más empleos de doce mil reales abajo, que toda una familia de esas que tienen el padre jefe de partido o de fracción de partido. Para él no hay pan duro; está a las resultas de todo; en cualquier combinación se contenta con lo peor; lo peor, pero con sueldo. Sus empleados van a Canarias, a Filipinas; casi siempre se los pasan por agua; pero vuelven, y suelen volver con el riñón cubierto y agradecidos.

-¿Qué carrera ha seguido usted, Sr. Zalamero? -le preguntan las damas.

Y él contesta sonriendo:

-Señora, yo siempre he sido un simple hombre público.

-¡Ah! ¿Nació usted diputado?

-Diputado, no, señora; pero candidato creo que sí.

-¿Y ha pronunciado usted muchos discursos en el Congreso?

-No, señora, porque no me gusta hablar de política.

En efecto; Zalamero, que sigue con agrado e interés cualquier conversación, en cuanto se trata de política bostezaba, se queda triste, con la cara de miseria melancólica que le caracteriza, y enmudece mientras mira receloso al preopinante.

No cree que ningún hombre de talento tenga lo que se llama *ideas políticas*, y hablarle a Zalamero de monarquía o república, democracia, derechos individuales, etc., etc., es darle pruebas de ser tonto o de tratarle con poca confianza. Las ideas políticas, los *credos*, como él dice, se han inventado para los imbéciles y para que los periódicos y los diputados tengan algo que decir. No es que él haga alarde de escepticismo político. No; eso no le tendría cuenta. Pertenece a un partido como cada cual; pero una cosa es seguirle el humor al pueblo soberano, representar un papel en la comedia en que todos admiten el suyo, por no desafinar, y otra cosa es que entre personas distinguidas, de buena sociedad, se hable de las *ideas* en que no cree nadie.

Zalamero, en el seno de la confianza, declara que él ha llegado a ser hombre público... por pereza, por pura inercia. «Dejándome, dejándome ir, dice, me he visto hecho diputado. Nunca me gustó trabajar, siempre tuve que buscar la compañía de los vagos, de los que están en la plaza pública, en el café, azotando calles a las horas en que los hombres ocupados no parecen por ninguna parte. ¿Qué había de hacer? Me aficioné a la cosa pública: me vi metido en los negocios de los holgazanes, de los desocupados, en elecciones. Fui elector y cazador de votos, como quien es jugador. Cuando supe bastante me voté a mí propio. El progreso de mi ciencia consistió en ir buscando la influencia cada vez más arriba. He llegado a esta síntesis: todo se hace con dinero, pero arriba. Cuanto más arriba y cuanto más dinero, mejor. El que no es rico, no por eso deja de manejar dinero; hay para esto la *tercería* de los grandes contratos *vergonzantes*. El dinero de los demás, en idas y venidas que ideaba yo, me ha servido como si fuera mío».

Mientras muchos personajes andan echando los bofes para asegurar un distrito, y hoy salen por aquí, mañana por los cerros de Úbeda, Zalamero tiene su elección asegurada para siempre en el tranquilo huerto electoral que cultiva abonando sus tierras con todo el estiércol que encuentra por los caminos, en los basureros, donde hay abono de cualquier clase.

Aunque trata a duquesas, grandes hombres, ilustres próceres, millonarios insignes, cortesanos y diplomáticos, en el fondo Zalamero los desprecia a todos, y sólo está contento y sólo habla con sinceridad cuando va a recorrer el distrito, y en una taberna, o bajo los árboles de una *pumarada*, ante el paisaje que vieron sus ojos desde la niñez, apura el jarro de sidra o el vaso de vino, bosteza sin disimulo, estira los brazos, y a la luz de la luna, con la poética sugestión de los rayos de plata que incitan a las confidencias, exclama con su voz tierna y ronca de pordiosero clásico, dirigiéndose a uno de su íntimos, aldeanos, agentes, electores, sus criaturas.

-...Y después, si Dios quiere, como otros han llegado, puedo llegar a ministro... y como no soy ambicioso, juro a Dios que con los treinta mil reales de la cesantía me contento; sí, los treinta mil... aquí, en esta tierra de mis padres, en la aldea, bajo estos árboles, con vosotros...

Y Zalamero se enternece de veras y suspira porque ha hablado con el corazón. En el fondo es como el aguador que junta ochavos y sueña con la *terriña*. Zalamero, el palaciego del sistema parlamentario, el pobre de la *Corte de los Milagros*... del salón de conferencias: el mendicante representativo, no sueña con grandezas, no quiere meter al país en un puño, imponer un *credo*... ¡Qué credos!

Ser ministro ocho días, quedarse con treinta mil... y a la aldea. Es todo lo Cincinnato que puede ser un Zalamero. No quiere ser gravoso a la patria. «Si me hubiesen dado una carrera... hoy sería algo. Pero un hombre como yo ¿a qué ha de aspirar sino a ser ministro cesante cuando la vejez ya no le consienta trabajar... el distrito?».

Diálogo edificante

PERSONAJES:

LA CAPILLA EVANGÉLICA.
LA CATEDRAL DE COVADONGA.
CORO DE CATEDRALES.

LA CAPILLA.- (Cerrada.) ¿Porqué no me abren? Por fanatismo.

LA CATEDRAL.- (Asomando algunas columnas a flor de tierra.) ¿Por qué no me sacan de cimientos?, ¿por qué no me construyen de una vez?, ¿por qué no me cubren, a lo menos, para librarme de la intemperie? Por avaricia, por indiferentismo.

LA CAPILLA.- Como el pino del norte suspiraba por la palmera del mediodía, podemos amarnos y entendernos ¡oh catedral católica!, tú desde tu vericuetto de Covadonga, yo desde este desierto madrileño...

LA CATEDRAL.- No diré yo tanto. Nada de coaliciones imposibles. Quéjate tú por tu cuenta, y yo me lamentaré por la mía. No somos hermanas. *Non possumus*. Somos un contraste.

LA CAPILLA.- Como quieras. Pero de nuestra antítesis sale una armonía elocuente. A mí no me dejan *abrirme* y ya estoy construida. A ti te abrirían sin inconveniente, pero no te construyen. Si no fuera absurdo, se podría decir que quien sale perdiendo es Dios que tiene dos templos menos.

LA CATEDRAL.- En otros siglos, valga la verdad, no te dejarían abrirte tampoco, y hasta se atreverían a derribarte; pero, en cambio, a mí me construirían en poco tiempo, con entusiasmo, a la voz de la fe viva y ardiente.

LA CAPILLA.- Hoy existe bastante fanatismo para inutilizarme a mí, y poca fe para levantar tus paredes, tus torres. De la religión se han quedado con lo peor, con la intransigencia.

LA CATEDRAL.- Sí; no cabe negar que falta fe y hay fanatismo. Pero todavía hay fanáticos peores que los nuestros. Los fanáticos descreídos. El fanático con dogma tiene esa disculpa; el dogma; pero ¿qué le queda al impío que ni siquiera es tolerante?

LA CAPILLA.- ¿Hay de esos en tu patria?

LA CATEDRAL.- Muchos. Son inquisidores herejes; familiares de la apostasía, o lo que es peor que todo, sectarios intransigentes de la negación, *celotas* de la impiedad superficial, sicarios del ateísmo. ¡Hay español nieto de cien cristianos, que ha dado su religión por cuatro frases hechas... con cuatrocientos galicismos!

LA CAPILLA.- Tal vez constituyen la mayoría entre unos y otros. Los fanáticos a la antigua no quieren más culto que su culto; como si su Dios fuera el sol, no el Espíritu Eterno, toleran en la sombra otros ritos, otras ceremonias religiosas, pero no a la luz del día. ¡Adoran a Febo y temen que se profane su culto!

LA CATEDRAL.- Los fanáticos *modernos* no conciben que se construya una catedral en Covadonga a expensas de toda la nación, como obra patriótica, como grandioso monumento que conmemora la primer hazaña de la reconquista, el primer milagro del valor español en su lucha de tantos siglos contra los sectarios de Mahoma. -¿Por qué una catedral? -gritan-. ¿Y la libertad de cultos? ¿Y el racionalismo? Los que no oímos misa, ¿por qué hemos de construir una catedral?

¡Porque lo quiere la historia! Porque no habéis de construir en Covadonga una mezquita, ni una pagoda, ni un frío monumento anodino, *abstracto*, como el del Dos de Mayo, lo cual equivaldría a olvidar la mitad, por lo menos, de lo que Covadonga representa. ¿Que no queréis hacer de Covadonga un Lourdes? Perfectamente; pero si no queréis que otros, aunque sea poco a poco, hagan eso, apresuraos a hacer otra cosa, una obra nacional, un gran recuerdo histórico; y como la historia es como es y no como el capricho de cada

cual, Covadonga, quiéralo o no el racionalista *negativo*, tiene que representar dos grandes cosas: un gran patriotismo, el español, y una gran fe, la fe católica de los españoles, que por su fe y su patria lucharon en Covadonga. Una catedral es el mejor monumento en estos riscos, altares de la patria.

LA CAPILLA.- Hablas como un libro. Y esos fanáticos *nuevos* son tan irracionales como los viejos que me niegan el derecho a la vida porque, llamándome yo cristiana, y sin que nadie me niegue tal nombre, ostento en mi fachada una cruz y un letrero que dice: «Cristo, redentor eterno». ¿Qué hay de malo en esto?

LA CATEDRAL.- Creerán que lo dices con segunda.

LA CAPILLA.- El signo de la cruz ¿no es siempre santo? ¿O es que quieren parecerse esos fanáticos ortodoxos al impío Strauss, que en sus *Confesiones* llega a declarar que la cruz le repugna?

LA CATEDRAL.- Con la Constitución del Estado en la mano te demuestran que no tienes derecho a la cruz de la fachada.

LA CAPILLA.- Así argumentaban los saduceos cuando querían probar a Roma que Jesús barrenaba la Constitución judaica...

LA CATEDRAL.- En cambio, si los fanáticos *nuevos* triunfan, ya harán otra Constitución para declarar que en España tanto como yo representa cualquier zaquizamí en que a un extravagante soñador se le antoje exhibir un culto de su invención... y acaso de su industria. Unas Constituciones niegan la historia y otras niegan la filosofía... Pero al fin a ti sólo te perjudican tus contrarios, los que ven en ti el símbolo de la abominación. Pero a mí me dejan abandonada todos, los que debieran ser mis amigos por patriotas y los que debieran serlo por patriotas y por creyentes de mi Iglesia. Hace muchos años, un santo obispo, varón elocuente y virtuoso, lleno de humildad y de fe, vino de Levante, de país muy diferente de estas mis brumosas montañas, y él, hijo del sol, de la clara y diáfana atmósfera mediterránea, se enamoró de estos lugares húmedos y oscuros por el encanto singular de estas montañas, sagradas para el cristiano y para el patriota. La idea del santo obispo fue construir aquí una catedral sobre este vericuetto dantesco, y en los primeros trabajos necesarios empleó su patrimonio. La fe y el patriotismo de los demás debían ayudarle, convertir en realidad su noble idea... pero España no comprendió la grandeza del propósito. Se convirtió en cuestión de interés provincial puramente lo que debiera ser empresa nacional; porque Covadonga no es sólo de Asturias, es de España.

CAPILLA.- Y esta aristocracia ilustre, cuyas principales damas tan ruda guerra me han declarado a mí, ¿no ha dado su dinero, no ha facilitado su influencia para levantar tus muros y hacer de tus naves un santuario digno de la gran idea religiosa y española que representas?

CATEDRAL.- Esas damas ilustres, cuyos títulos reunidos parecen un índice de la historia de España, no se han acordado de mí... ni del origen de su grandeza. Cuanto más

ilustres esos grandes apellidos y esos grandes títulos, más se acercan a mí. No hay nobleza castellana más pura, más grande que la que tenga su origen cerca de estas fuentes, de estas aguas que se despeñan por ese torrente abajo...

CAPILLA.- Conque todas esas señoras que han ido a suplicar a Sagasta que no se me abra...

CATEDRAL.- Ignoran todas que un modesto sacerdote anda por Asturias de puerta en puerta mendigando una limosna para ir construyéndome poco a poco y con el menor gasto posible, sin la magnificencia arquitectónica que merezco... Debiera ser yo la obra espontánea, simultánea y unánime de todas las fortunas de España, y no soy más que una humilde prueba de la caridad y del *provincialismo* de unos pocos asturianos... ¿Qué más? Se acaba de celebrar el Centenario de Cristóbal Colón y su descubrimiento, y todos han pensado en Granada, nadie se acordó de Covadonga. Yo no discuto si esas ilustres señoras y esos insignes obispos que piden al Estado que no consienta tu apertura, hacen bien o hacen mal. Lo que digo es que mucho más urgente que impedir a los demás abrir sus templos, es construir los propios.

CORO DE CATEDRALES.- ¿Qué importa una capilla protestante en esta tierra en que somos nosotras legión? ¡Somos un bosque de torres cristianas! ¡Pero muchas amenazamos ruina! ¡Que se salve la Giralda! ¡Que resplandezca la linterna mágica de León, aquella inspiración sublime de piedra! ¡Levantad en Covadonga, no una pobre basílica amanerada y raquítica, por su miseria, sino un reflejo glorioso de nuestra grandeza! ¡La fe de León, de Burgos, de Sevilla, de Granada, se salvó en Covadonga!

LA CAPILLA EVANGÉLICA.- ¡Oh, coro sublime! ¡Oh, sublime religión de Jesús!... ¡Tú sola pudiste inspirar estos ideales himnos de piedra!... (Bajando la voz porque a Segura llevan preso.) ¡*Christus redemptor æternus!*

Preparativos del Centenario

Don Juan Valera ha escrito un artículo muy elocuente -es natural- en la revista consagrada al Centenario del descubrimiento de América. El insigne literato (¡qué gusto da decir *insigne*, de veras!) se queja por adelantado de lo mal que nos va a salir la fiesta, de la indiferencia con que en general miran los españoles el solemne acontecimiento que se prepara.

En efecto; todo lo que va a hacer España por el *Centenario* va a ser... una *plancha*, donde se pueda grabar la memoria de nuestra vergüenza en tan interesante *momento histórico*.

Pero el Sr. Valera se inclina a echarles la culpa a los *cosmopolitas*, a los que están hartos de oír hablar de Otumba, y del sol aquel trasnochador que nunca se acostaba, y de San Quintín y Juan de Juanes, y el Escorial y Zurbarán, y... pero ¡rediós!, ¡si la culpa la tienen Pidal y Nocedal y los *quintanólogos!*... ¿No ve usted a Nocedal en el Congreso? Estamos

con el agua al cuello, se trata de reorganizar el ejército para que cueste menos, y D. Ramón nos viene con los tercios de Flandes y la Santa Hermandad, y nos propone la organización mística de la Guardia civil y la restauración de Felipe II y del palacio que había *junto al prado de San Fermín*, con otra porción de cosas dignas de inspirar a Barbieri, no en un discurso, si no en una zarzuela.

Pues ¿y Pidal? Pidal ha hecho aborrecible la casa de Austria, y a los dos Luises; a lo menos Silvela se contentó con explotar a la venerable madre de Agreda; pero D. Alejandro se ha hecho rico y personaje *cantando*... en el Congreso a Pelayo, y a seis o siete Alfonsos, y a Melchor Cano, y al citado Juan de Juanes, y al Monasterio de las Huelgas y la Novísima Recopilación... Y ahora añada usted, D. Juan, que ni Pidal ni Nocedal saben historia, lo que se llama saberla; entre otras razones, porque la verdadera historia de España todavía no está escrita, como el Sr. Valera sabe mejor que yo. Diré, por respeto al señor Valera, que está *continuada* (pues él la continuó), pero todavía no está empezada, ni mediada, ni nada de eso.

Esta ignorancia general, e inevitable por ahora, respecto de lo que ocurrió efectivamente en esos siglos pasados, también contribuye a enfriar a la gente, y más cuando algunos críticos de historia *pragmática* aprovechan la ocasión del Centenario para regatearle gloria a Cristóbal Colón y dejarle en paños menores.

El patriotismo *arqueológico* exige, para no ser una *frialdad*, una abstracción, o mucha fe candorosa, o mucha ciencia positiva. ¡La historia! ¡Bah! La historia... por de pronto no es lo mismo que *los libros* de historia, que es lo único que tenemos a la vista. Se lo decía Fausto a Wagner, como recordará el señor Valera

*Mein Freund, die Zeiten der Vergangenheit
Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln... etc.*

La cual, para que lo entienda Nocedal, quiere decir:

«Amigo mío, los tiempos pasados son para nosotros un libro cerrado con siete sellos... Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es más, en el fondo, que el espíritu de esos caballeros (los historiadores), según en él se reflejan los siglos».

Y esos *caballeros* todavía no se han puesto de acuerdo respecto del *objetivo* del entusiasmo que se nos pide en esta ocasión.

Además, la historia de España, amén de no estar clara, va ligada casi siempre a la hipérbole, a la *rodomontade*, la oda hinchada.

Tantas veces hemos parado el sol para que nos vieran combatir, tantas veces hemos hecho de la Providencia una vulgarísima *máquina* de poema épico imitado; de tal manera nos hemos acostumbrado a ver en las *glorias patrias* un motivo para amordazar las ideas nuevas y darse tono unos cuantos, que casi casi hemos llegado a creer algunos que

nuestros mayores no fueron mayores más que de Pidal y otros pocos que viven y medran de eso, de alabar esas grandezas, que repito que no han estudiado como se debe.

De otro modo, que la historia de España, o lo que haga sus veces, la han *acaparado* los mestizos y los poetas de certamen en astillero; y en cuanto uno se atreviera a dar un poco de bombo a nuestras antiguas instituciones o al arte español de otros siglos, los maliciosos se pondrían a pensar: -Este quiere un destino en la Tabacalera, o un distrito en Asturias... o un *jarrón* de la Infanta Isabel. -Entusiasmarse con el siglo de oro ha llegado a ser indicio de *pidalismo*.

Además, tomando la cosa por otro lado, a unos cuantos españoles nos ha entrado el prurito de no querer ser como Séneca, ni como Lucano, declamadores, hinchados, *resonantes*. Aquí todo poeta patriota es un Deroulède; cosa fea. La crítica, la poesía, la historia, la política patrióticas, *castizas*, han sido en España un perpetuo *boulangierismo*. Hasta para ensalzar las seguidillas manchegas nos subimos a la parra nacional y sacamos el pendón de las Navas.

Pero, en fin, lo peor todavía no es nada de eso.

Si el Centenario del descubrimiento de América no se celebra en España como se debe, es por culpa de... los *señores de la comisión*.

Los *señores de la comisión* son ahora y siempre los entrometidos, las tarascas de toda función, sea cívica o religiosa. Son personajes que no pudiendo brillar con luz propia la piden prestada a todos los aniversarios dignos de recordación. Son predominantemente *objetivos*, y agregan su nombre a cualquier cosa que sea sonada. Si son poetas, lo son de circunstancias; si son hombres de acción, se agarran a un Centenario ardiendo para salir de la obscuridad e inmortalizarse. Ante la invasión de estos parásitos de la fama, las personas ricas por su casa, de ingenio, de méritos, se retraen.

Si el Sr. Valera es una excepción gloriosa esta vez, y valiendo lo que vale, y por pura abnegación y patriotismo verdadero se ve metido en la que se ve, no por ello deja de ser verdad que, en general, ahora como siempre, los que manejan el cotarro, los que hacen y acontecen son los consabidos *señores de la comisión*.

Primero los del *balduque*, los de oficina, los hombres oficialmente activos e inteligentes y competentes con nómina. Después los eternos *dilettantis* de la notoriedad por tabla, de la fama en cabeza ajena.

Ejemplos ilustres hay en la historia.

Por *mucho tiempo* estuvo siendo *inmortal* el señor D. Modesto Fernández y González, que ahora se ha retirado a la vida privada.

También el Sr. Lastres figuró mucho *llevando* (y trayendo; es decir, trayendo y llevando) la representación de España en una porción de Congresos internacionales.

He olvidado el nombre de un señor que a fuerza de llamar al vino en griego se hizo una fama de vinatero cosmopolita y se bebió todo el Jerez y todo el Valdepeñas que llevamos a no recuerdo qué Exposición universal.

Reciente está el ejemplo de lo sucedido con el pobre Jovellanos.

Nadie más simpático que D. Gaspar.

Pues bien, entre Pidal y Jove y Hevia le hicieron casi aborrecible a todo asturiano bien nacido.

¡Jove y Hevia!

Es decir, *mane, thecel, phares!*

¡Jove y Hevia! ¡Última *ratio centenariorum!*

Jovellanos fue patriota, sabio, algo poeta, pedagogo, estadista, escritor en prosa de los mejores... mil cosas más.

Pues como si cantara... Se le erige una estatua, se le va a tributar un homenaje, etc., y llega Jove y Hevia con el sombrero de copa alta, blanco y ladeado... y ¡adiós Jovellanos!... *Nocte pluit tota Sí...*

No hay duda -se aguó la fiesta,

como dicen en *Los mosqueteros grises*.

Porque... ¿quiere saber el señor Valera en qué acabará este Centenario? En lo mismo que el *otro*. En un himno de Jove y Hevia.

Que es como sigue, o por lo menos así empieza:

AL ILUSTRE PRE TABACALERISTA CRISTÓBAL COLÓN PRECURSOR DE LA LENTA PERO CONTINUA APARICIÓN DE LOS GÉNEROS ESTANCADOS

Himno

Vítor, vítor, repiten los ecos
del cerúleo Océano y demás;
de los Andes los cóncavos huecos...
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

De Colón, en Piacenza nacido
(aunque en Génova el vulgo creyó),

de ese faro en España encendido
a nosotros la fama llegó.

Y aunque digan Vidart y otros miles
(como Duro y la Pardo Bazán)
que se debe a los frailes sutiles
los laureles que aun verdes están,
rechacemos calumnias tan viles...

¡Rataplán, rataplán, rataplán!

Mientras haya *Joves y Hevias*... habrá poesía, pero no hay Centenarios posibles; créame
D. Juan Valera.

Todo ello sin contar con que tampoco hay dinero.

¿Quién descubrió a América?

No podía menos. Doña Emilia Pardo Bazán *necesitaba* tener su opinión particular en eso
del descubrimiento de América. *Al efecto*, vestida de raso blanco, lo dicen los periódicos,
y ceñida la rubia cabellera por cinta de oro sembrada, o como se diga, de diamantes, se
presentó en la cátedra del Ateneo, desde la cual demostró que el Nuevo Mundo lo habían
descubierto, o poco menos, los frailes franciscanos.

Menos mal que no fue el P. Muiños.

Que lo hubiera descubierto en verso.

Bueno, pues para que se sepa la verdad, tampoco fueron esos frailes descalzos, o mal
calzados, los descubridores de América.

Yo sé quién fue.

Tengo mi candidato.

Y pienso publicar un folleto en que se lea lo siguiente:

-Niño, ¿quién descubrió la América?

-Pando y Valle.

-¿Para qué?

-Para darse tono; y ser una vez más secretario.

No ocultaré que otros opinan que los descubridores fueron los reformistas, para dar pretexto al ministerio de Ultramar con sus nóminas y vanidades.

Y por último, otra opinión muy autorizada atribuye la *invención del Nuevo Mundo* al señor marqués de Comillas, que tenía el propósito de crear la Traslántica, y por eso...

Lo que parece demostrado es que Cristóbal Colón, el *mal llamado* genovés, no tuvo arte ni parte en el tal descubrimiento, y que, *lejos* de descubrir eso, fue hombre que le tenía mucho asco al agua, y no sólo no atravesó el Océano, sino que está probado que no se lavaba siquiera. Toda la leyenda *colombina* nace de que hubo quien dice que le vio dar unas vueltas en un bote por el estanque del Retiro. Y no era él, era uno que se le parecía mucho.

En resumidas cuentas, a Colón no le queda más gloria que la del huevo.

Y aun ese no fue pasado por agua.

Fue un huevo crudo, único, quodlibético, como si dijéramos.

Y a propósito de quodlibético, palabreja que doña Emilia quiere poner en moda, aprovechando los Quodlibetos de Carvajal; admitamos lo *quodlibético*... pero con una condición... la de retirar lo *medieval*.

El que va a ponerse en ridículo es Castelar, que va a publicar en inglés y en español un libro en que se entusiasma con el mérito del pobre Cristóbal... Pólvora en salvas. Las *memorias* de Colón, sus visiones, sus poéticos anhelos... música, música. ¡Castelar *cantando* el alma del gran aventurero... *prosa ligera*!

Cristóbal Colón, Castelar... ¡comparen ustedes eso con cualquiera de las secciones del Ateneo o con los pelos rubios y la erudición franciscana y quodlibética de doña Emilia!

En fin, quedemos en algo: en que Colón no fue más que un ganadero en grande, el fundador de los Veraguas, toros de muchas libras... bueno. Pero, en tal caso, que pase de él y de nosotros el cáliz de las odas y demás documentos *jarronables*, quiero decir, dignos de ser premiados con jarrones en los incruentos certámenes poéticos.

Ya que el Ateneo le ha puesto la proa a Colón y *le ha llamado* a desaparecer, húndase también con él la forma poética, no menos llamada.

Más diré: yo, con tal de que no repitan más el *Pirene* ni el *Moncayo* el nombre de Pando y Valle, consiento que se hunda el Nuevo Continente en las procelosas olas...

Con él se hundirá la lira de Calcaño, y eso irán ganando *La Ilustración Española y Americana* y la *vieja* Europa.

Colón y Compañía

De Colón nada malo tengo que decir; pero de la Compañía, francamente, va uno estando harto.

Y no me refiero a los Pinzones ni a las *calaberas*, como las llamaba un orador del Ateneo. Me refiero a los eruditos de Centenario en ristre, a los parásitos de la celebridad.

Fíjense ustedes, por ejemplo, en D. Hermógenes Panchampla, sabio de real orden, profesor de todas las doctrinas herméticas de la futilidad. Parece un hombre modesto mientras *no hace siglos de nada*; esto es, mientras no llega el día en que puede decirse: «Hoy hace tantos siglos empezó a llover y no lo dejó en cuarenta días, de modo que aquello fue el diluvio»; o bien: «Hace hoy quinientos mil años dio a luz la reina Maricastañas un robusto príncipe, que fue más adelante el rey que rabió»; pero, amigo, en llegando esta ocasión, la de un Centenario,

Un volcán, un Etna hecho,

un Etna de actividad y de sabiduría, nuestro erudito, excediéndose a sí mismo y a Dios padre, empieza a vomitar datos alusivos al glorioso acontecimiento de marras, y no lo deja hasta que le dan una gran cruz o una rosa de oro en un certamen público y notorio.

Y no hablo al sabor de la boca. Panchampla, hasta que vino lo de Calderón de la Barca, estaba agazapado en su destino cobrando como un bendito y sin decir: «*Yo soy Merlín, aquel que las historias...*» pero en cuanto se tocó a hablar del *Mágico prodigioso* y demás, nuestro hombre, o por lo menos, nuestro D. Hermógenes, empezó a moverse y a fatigar los tórculos de todas las prensas y a demostrar que Calderón había sido y no sido al mismo tiempo, y que aunque parecía que había nacido en tal parte, no era verdad, si bien no dejaba de serlo, porque él había encontrado (¡suerte feliz!) cinco o seis *feses* de bautismo en diferentes parroquias de diferentes pueblos. En cuanto a la originalidad de las obras de Calderón, no la ponía D. Hermógenes en duda, si bien podía demostrar que la *Vida es sueño* en un principio no se llamaba así, si no la *Vida es un soplo*, y en su primitiva forma era una tonadilla, no escrita precisamente por D. Pedro Calderón, sino por un su tío, del mismo nombre.

Y por esta coincidencia onomástica se había creído lo que se ha creído, hasta que, gracias a Dios, llegaba él, D. Hermógenes, después de los años mil (porque no había estado en sus manos nacer antes), a poner las cosas en su punto, merced a un manuscrito que tenía en casa y que había heredado, por rigurosa agnación, de un tataranieta del tío de Calderón de la Barca, que había hecho oposición a una prebenda de Calahorra en compañía de un sobrino del *auctor* o ascendiente agnado de quien D. Hermógenes heredaba... y por eso. Total, que de resultas del Centenario de Calderón a Panchampla le dieron cinco mil quinientos reales por una *Memoria* de que ya nadie se acuerda, y doscientos ejemplares de la obrita, que vendió al peso muy ricamente.

Volvió a callar D. Hermógenes, sabio, modesto, fútil, hasta que vino *lo* de Colón y volvió a picarle la mosca erudita de los Centenarios.

¿Qué creen ustedes que fue lo primero que hizo Panchampla en cuanto vio que se acercaba el año 92? Encargar algo. Bueno, ¿pero qué? ¿Una carabela?

No, señor; un traje negro, porque el de hacer oposiciones ya le tenía destrozado *con motivo* del Centenario de Calderón y las idas y venidas. Encargó un traje negro, de levita, y una camisa fina con cuello a la moda; y ¡hasta se afeitó! ¿Para qué? ¡Para retratarse! ¿Y para qué se retrató? ¡Paciencia! Ello fue que pidió al fotógrafo, una *celebridad*, que acercara mucho la máquina, que saliera un D. Hermógenes grande, como lo merecía la posteridad, y exigió que se le viera todo menos los pies (que los tiene muy grandes de tanto escribir *notas*). Recogió su retrato, reluciente, de hermosa entonación, y lo metió en el baúl, no sin antes mirarse al espejo y comparar y decirse: «No sabía yo que era tan guapo, así, bien vestido y definitivamente afeitado».

Desde entonces, D. Hermógenes no hizo más que desenterrar documentos *colombinos* y otros accesorios; es decir, que de lejos o de cerca tuvieran algo que ver con el descubrimiento de América.

Acto continuo procuró ponerse en buenas relaciones con una casa editorial, de esas ricas, que publican periódicos semanales con monos y notabilidades europeas, vistas de Constantinopla, o lo que salga. D. Hermógenes se encargó de *ilustrar* las ilustraciones; es decir, de poner comentarios muy sabios a los grabados y facsímiles alusivos al descubrimiento. Lo primero que salió a luz fue una carta autógrafa de Colón, casi ilegible, con muy mala ortografía y peor intención, porque su objeto era pedir dinero prestado a un amigo. En el comentario de este autógrafo, D. Hermógenes decía: «No es de extrañar este rasgo de Cristóbal (le llamaba de tú), porque ya dice el refrán: 'genio y figura...' y sabido es que, dicho sea sin ánimo de ofender al ilustre navegante, Colón descubrió probablemente, el Nuevo Mundo; pero lo descubrió... *de gorra*». Después D. Hermógenes entregó al buril, como él dice, tres facsímiles de varias papeletas de empeño, cuya prenda eran una porción de negritos de que Colón tuvo que deshacerse para pagar una letra a la vista. En el número siguiente, Panchampla publicó la *vera efigies* de los gregüescos que usaba un cierto Pinzón de Ginzo de Limia, que se creyó mucho tiempo que era pariente por parte de padre de los otros Pinzones, y que resultó luego que no lo era, ni era de Ginzo, ni Pinzón, sino Pinzales, y eso tuerto.

Después vinieron *retratos* hipotéticos de las joyas que Doña Isabel regaló a Colón para que descubriera lo que fuere servido... Y, por último, y ya impaciente, en un número extraordinario, don Hermógenes, en la primera plana de su ilustración, llenándola toda... *¡se dio a luz a sí mismo!*

Es decir, publicó su retrato, el del baúl, poniendo debajo:

«Ilmo. Sr. D. Hermógenes Panchampla, opositor a cátedras, jefe casi superior de Administración, premiado con rosa de oro en el Centenario de Calderón, y candidato a la

primera plaza de Académico de la Historia que vaque». Y *se* publicaba como documento colombino.

¡Había que verle, en aquella blancura del papel satinado; limpio, sonriente, con cara de genio comprendido a medias, mirando vagamente a la inmensidad, como quien contempla los arcanos del pasado y del porvenir!...

En la segunda hoja, y en tamaño así como la mitad del retrato de Panchampla, *salía* un busto borroso con esta leyenda: «Cristóbal Colón, almirante, presunto descubridor de las Indias occidentales, que él tomó por las otras».

La moraleja de esto que no *es cuento propio*, sino historia ajena, consiste en lo siguiente:

-¡Padre nuestro que estás en los cielos!, si has de consentir que a la sombra de los grandes hombres medren y se den tono tantos majaderos... no críes en adelante más que honradas medianías, sin Centenario posible.

Para ver lo que estamos viendo *por culpa* del Centenario de Colón, más vale decir:

«¿Colón dio un mundo a España?

»Bueno; pues devolvérselo».

La muiñeira

Rapsodia I

Canta, diosa, del *agustinoide* Muiños la cólera desastrosa, que abrumó con males infinitos a toda la Orden y precipitó en el Tártaro de lo ridículo sublime la vanidad de varios frailes confabulados para hacerse inmortales a costa de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién le arrojó en esta desesperación? No fue ningún dios, sino casi casi un pobre diablo, el humilde *Clarín*, que no se hace jamás de miel, para evitar que le coman las moscas de la baja crítica. No se queja el P. Muiños de que le hayan arrebatado a ninguna *Kriseya*, como no llamemos así a la pícara vanagloria con quien vivía en punible y dañado ayuntamiento; quéjase porque el que suscribe (y perdónese la frase, poco digna de la *epopeya*), en vez de procurar, como otros, ganar amigos, hasta en la soledad del claustro (adonde llegan *Insolación* y el *Madrid Cómico*), en cuanto vio que el agustino de Soria era un poetastro cursi y un crítico detestable, de los que sacan el Cristo en estética y le arriman, como si fuera ascua, a su sardina, le dio su merecido con el soberano desdén, y la burla anexa, que siempre dedica a escritores de tal estofa, sean clérigos o seglares, militares o paisanos, padres descalzos o de caballería (con botas) o capuchinos de bronce.

Lo que quiere hacer el P. Muiños es una especie nueva de simonía por la que no se puede pasar. En el mundo ha habido muchas clases de religión; las ha habido absurdas, en la forma a lo menos, terribles, inhumanas, pero jamás ha existido una religión... cursi. Una religión cursi no podría vivir ni un día. Los ídolos de fuego abrasando a los niños inocentes son horrorosos, pero no son cursis. Aquellos dioses, hasta ridículos en la forma, que vio Loti en Kioto, y de que se reían los mismos japoneses, eran ridículos... pero no cursis.

Lo cursi en la religión nacería si se dejara arraigar el nuevo *jesuitismo* de bajo vuelo y contrahecho que, imitando antiguas sutilezas y habilidades que no comprende, quiere conquistar las almas por el *similia similibus*, descendiendo, y ahí está lo malo, a atemperarse a los usos y las ideas y sentimientos de la necedad, como si en la necedad la fe de Cristo pudiera recoger algún fruto.

Muy arriba tendríamos que subir si quisiéramos llegar a la más alta fuente donde empieza a notarse ese saborcillo cursi; pero no es esta ocasión, siendo tan insignificante el sujeto, de explicar cómo y por qué no es una fortuna para la vida religiosa moderna que tengamos, verbigracia, un Papa digno de ser académico *de la de ciencias morales y políticas*, y también de *la de la Cruca*. Más abajo, mucho más abajo, pululan los clérigos *modernizados*... como el vulgo moderno, y unos son obispos, como pudieran ser directores de la Tabacalera, y otros son redactores de *La ciudad de Dios*. Pues... aquí que no peco. Un escritorzuelo cualquiera, lego, en el que no hay que respetar corona de ningún género, ni nada que imprima carácter; que no tiene la representación mística de una fe secular veinte veces, si es un majadero con su pan se lo coma... y al abismarse en su necedad, se hunde él solo. Pero todo sacerdote de Jesús, por serlo, está en una altura; de él al Ungido va una cadena sagrada; y es horroroso, desespera por lo absurdo, que un similar del *Presbyteros Joannes*... sea un cantor de la llegada del tren a Soria, un *vate* que puede un día subir a obispo -y a eso tirará- y que a pesar de la imposición de manos será un Cabestany, un Cortón más, un literato cursi.

Para el P. Muiños, que tiene por pedestal la obra de San Juan, San Pedro y San Pablo, la santa Iglesia, ni más ni menos que para tantos literatuelos desairados o desagradecidos, que no tienen más pedestal que las suelas de sus zapatos, tal vez rotos, *Clarín* fue una persona importante mientras se esperaba algo de él, y después del desengaño... un criticastro, un quidam.

La Iglesia católica ahora, como en todo tiempo, quiere amoldarse en lo posible al género de vida actual para conseguir mayor eficacia en la propaganda y en el ejemplo; está bien. Pero así como en la Edad Media el sacerdote no descendió hasta el punto de hacerse bufón para influir en los palacios, así ahora al influir en el siglo, al influir en la democracia no debe descender hasta copiar la vida frívola, disipada, insignificante, tediosa, cursi del vulgo letrado, de los chupatintas de los periódicos. La Iglesia puede y debe tener escritores, porque los necesita; pero si en materias que directamente le importan, como teología, moral y otras análogas, cabe que al lado de los hombres eminentes admita el auxilio de las medianías, cuando se trata de asuntos del todo profanos sólo debe admitir que en ellos la representen, en cierto modo, espíritus

distinguidos, almas escogidas, de la aristocracia intelectual, porque estas honran a la comunidad de los fieles y sirven a la causa, al mismo tiempo que son útiles al progreso general y extra-religioso. Mas el clero vulgar (obispos, presbíteros o diáconos), que en su misión religiosa tiene toda la grandeza de su sacerdocio, pero que en la profana no es más que vulgo añadido a vulgo, ¿para qué quiere la Iglesia que se le meta a periodista, o crítico de libritos nuevos, crítico de esos que dicen que esto les gusta y lo otro no y se quedan tan frescos? ¿Para qué quiere la Iglesia poetastros que nos llaman impíos si nos burlamos de sus ripios dedicados a las cosas santas? ¿Se retira un cristiano del mundanal ruido para eso, para leer y *analizar* los platos del día de Cavia, los paliques de *Clarín* y las crónicas de Ortega Munilla? ¿Representan el ascetismo frailes inocentones (enmedio de sus malas pasioncillas) que recuerdan a esos críticos de pueblo y a muchos aficionados de América, tan enterados de menudencias literarias que comentan prolijamente con un entusiasmo digno de mejor causa y de mejor estilo?

¿Por qué un fraile ha de ponerse en el trance de que yo tenga que decirle cuatro frescas y verse él apurado por la ira, lleno de hiel, olvidado de toda caridad, entregado a la vanagloria hasta el punto de alabarse a sí mismo?

No; este *jesuitismo* moderno no es como el antiguo; se mete demasiado en la vida secular, imita en ella lo insignificante, lo irremediamente percedero y profano, lo absolutamente seco de todo jugo religioso. «Si yo dije, si dijo doña Emilia, si Balart vale, si yo no valgo...» todo eso es miseria pura, pequeñez literaria de que ningún provecho puede sacar un fraile para la viña del Señor.

El P. Muiños quiere hacer solidario al cristianismo de sus versos y de su prosa. Por aquello de que la Iglesia es el sol y el Imperio la luna, quiere demostrarnos que sus poesías a los trenes de Soria son bellísimas. ¡Absurdo! «Que la suprema belleza no puede menos de encontrarse en el Bien»; sea; pero, así y todo, ¿no puede ser el P. Muiños un majadero?

Y lo es, como se demostrará en la Rapsodia II.

Rapsodia II

«Yo no sé qué pensar, y perdonadme un rasgo *subjetivo*; yo soy un hombre condenado siempre, fuera de la inocencia a ser un niño. ¿Os reís? Pues oídme en confianza y os lo diré al oído. Cada vez que paseo por la Dehesa ¡me entra una tentación de coger grillos!».

¿Creen ustedes que es grilla? Pues así *canta* el P. Muiños, el grandísimo *subjetivo* y grandísimo... Y él cree que eso es poesía, ¡vaya si lo cree! Y poesía bellísima, ¡como que lo dice él mismo! Es claro, se le murió su abuela (véase la nota de la página 379 de *La Ciudad de Dios*, en la *composición* titulada ¡Ya llegó el tren!), y el Sr. Muiños ¡qué ha de hacer!, alabarse a sí propio.

Y si no, oigan ustedes este *rasgo subjetivo*. Dice el P. (de P. y P. y W.), para darme envidia y darse tono: «*Precisamente* poco antes que su primer *palique*, reducido a barajar... los versos latinos del papa... y mi modesta *composición* titulada *Ya llegó el tren*, recibía yo, como *compensación* más que suficiente, una traducción de la misma poesía en *bellísimos* versos franceses». ¿Eh, qué tal? Si la traducción es bellísima, de bellísimos versos, o no es traducción, o dirá lo que el original y si es fiel, la belleza no puede *emanar* de la traducción, sino del original. El que alaba, no por correcta, exacta, fiel, etc., etc., la traducción de una poesía, sino por *bellísima*, alaba la poesía misma. ¡Hay, padre, padre! ¡Y es esa la humildad del Crucificado! (¡Y bien crucificado!) Quisiera yo ver los bellísimos versos en que se dice en francés eso de coger grillos!

Quisiera ver también en cualquier lengua viva o muerta, o mechada, la traducción del *párrafo* siguiente, como dice un *crítico*, al copiar una estrofa:

Engendro de poeta y de filósofo

(Advierto que esto no es lo del otro día; hace algunas semanas copiaba yo algunos versos de *Ya viene el tren*, en que Muiños se llamaba filósofo y poeta... Pues bien, estos son otros versos, de la misma poesía, pero otros.)

Engendro de poeta y de filósofo,
Mezcla de hombre y de niño,

(*Fuera de la inocencia...* y de la corona.)

Todo problema por igual me asusta,
Los de la álgebra igual que el socialismo.

Nota del P. Muiños: «Los catedráticos de la sección de Ciencias del Instituto, allí presentes al leerse esta composición, rieron mucho esta estrofa (lo creo, yo también me hubiera reído, aun sin pertenecer a la sección de Ciencias) por las abundantes pruebas que poseen de mi miedo cerval a los problemas algebraicos».

Ya lo oyen ustedes; al P. Muiños, que le den filosofía y poesía, pero las matemáticas no le entran... Lo que debe hacer el buen *agustiniano*, como dicen *ellos*, es echar una mano para ayudar a la *Reforma literaria* de D. Lorenzo d'Ayot. Muiños, en su género, resulta un D. Lorenzo por todo lo eclesiástico, a quien por poco tomo yo en serio. Ahora ya sé a qué atenerme; después de la lectura íntegra del *tren mixto* no cabe tratar al fraile sino como a respetable caso de psiquiatría; es un enfermo de *literatura*. Conocido, conocido. Casi casi viene a confesarlo él mismo.

No siempre el corazón y la cabeza
están en equilibrio...

¿Siente usted mareos a veces, verdad? ¿Se le figura que tiene la cabeza como un

bombo?... ¿O como una olla de grillos... de la *Dehesa*? ¿No es así? ¡Oh, ciencia! ¡Oh, Lombroso!

Quiero poetizar, y a veces pienso

(Piensa a veces, no siempre.)

Y otras quiero pensar, y poetizo.

(¡Pobre! Empieza por creer que el que *poetiza* no piensa, y que no cabe pensar y *poetizar*.)

Allí se cree, y se trabaja y se ama.

(No le midan ustedes los versos, médanle el cráneo.)

Se baila los domingos
Y la cuestión social tienen resuelta
Con un poco de pan y de cariño.

¡No hable usted de socialismo, hombre! No ¿recuerda que le asusta, como si fuera álgebra?

¿Pero quién dirige *La ciudad de Dios* (¡qué profanación de nombre!) que permite que se inserten estas cosas? ¡Qué dirán los protestantes y hasta los espiritistas! Otro *escritor* de la *orden* (que es un desorden) habla de «las esferas peliagudas». ¡Esferas agudas, aunque tengan *pele*, no las hay, P. Miguélez!

Pero volvamos a Muiños.

Este bendito señor (que puede que sea un excelente *cura* y un corazón de oro, en sacándole de sus literaturas) me llama ahora a mí atrabiliario criticastro; me desprecia, me pone como una rodilla de fregar... soy para él menos que nada... Eso, ahora. Pero antes, cuando yo no le había sacado a relucir el *tren*, me tenía nada menos que por jefe de una escuela en España.

Decía así:

«Ya en una serie de artículos que publiqué el año pasado en esta misma Revista, con el título de *Realismo galdosiano*, hice notar esta injusticia (la de creer a Galdós gran novelista. Según el P. Muiños, la Pardo Bazán es mejor novelista que Galdós) *de la escuela capitaneada en España por Clarín*».

De modo que, según el padre, antes del descarrilamiento, yo era el capitán de realistas, el jefe de los que proclaman a Galdós nuestro *superior* novelista. ¡Ahí es nada! Y ahora criticastro atrabiliario.

Pero hay más; el P. Muiños confiesa que él hasta hace poco se había pasado la vida leyendo literatura antigua, y que en estos últimos tiempos, para enterarse de lo moderno, «para responder a las contingencias de la discusión», procuró poseer «datos más frescos y copiosos», y saboreó las producciones más recientes y más *lozanas* del arte naturalista; y aunque maldice de tal arte, el padre Muiños declara que leyó, al fin indicado... los *Rougon Macquart* de Zola... y *Su Único hijo*.

Pues señor, si yo soy un *cualquiera*, ¿por qué va usted a leer libros míos para enterarse de lo que produce una escuela que usted quiere *estudiar* para combatirla?

Si yo quiero juzgar la literatura católica del siglo XIX, ¿cree usted que me voy a acordar del *tren* de Soria?

Lo que hay aquí, P. Muiños, es que usted es de los que gustan de *ganar amigos* para su vanidad, y juzgando por la propia la ajena, y juzgando también por datos que ofrece la *tolerante* época moderna, se echó esta cuenta: «A nadie le duele que hablen mal de su *escuela*, de sus *principios*; lo que duele es el ataque al propio mérito. Si a doña Emilia Pardo le digo que anda por mal camino, que fuera del *redil* no hay más que perdición, etc., etc., no se enfadará, aunque lo finja; y como estos son panes prestados, siempre y cuando que yo la adule *personalmente* y le diga que vale más que Galdós, se dará por muy satisfecha y hablará de mí, y fingiremos que reñimos; y todo lo pagarán las pobres *ideas*; mientras que, incienso va, incienso viene, nosotros nos esponjamos, y al *realismo* y al *tomismo* y a Zola y a Jungmann que los parta un rayo».

Más creyó el P. Muiños: creyó que con *Clarín* iban a servir estas tretas... Y pensó: «Para ganárnosle, pongámosle entre los importantes... hablemos de su *perniciosa influencia*, de su *deletérea* escuela; digamos que en sus novelas, *como en las de Zola*, el asqueroso naturalismo, etc., etc., hace estragos. Y el chico se quedará tan ancho, y le importará un bledo que hablen mal de su *escuela* si a él se le reconoce categoría».

Pero el P. Muiños no contó con la huéspeda. La huéspeda es que a perro viejo no hay *tus tus*, y que yo no soy una *doña Emilia* ni quiero para nada el incienso, aunque venga disfrazado, de escritores dejados de la mano de Dios en materia de gusto. ¿Qué puede importarme a mí que el hombre del *tren de Soria* me llame capitán o ranchero?

Lo que yo deseo, y por eso le he sacado a usted a relucir, por no decir otra cosa, es que en una Orden religiosa cristiana, heredera de tantas glorias, no pasen como representantes de la inteligencia y el gusto hombres como usted, a quien, sea lo que quiera de la *sustantividad del arte*, le falta un tornillo y una porción de tuercas.

Yo soy más cristiano que usted, P. Muiños. Créalo. Yo deseo que ningún sacerdote de Jesús se ponga en ridículo; yo deseo que no haya *matoides* de pluma que para proclamarse críticos por excelencia, resuciten las teorías de Inocencio III y de Gregorio VII aplicándolas al arte.

Porque el P. Muiños se explica así: «...Dada mi creencia en el hecho, y partiendo de él como principio (partir de un *hecho* como *principio* es no saber lo que es principio o ignorar lo que es *hecho*), deduzco la falsedad de los que yo considero como arte y crítica anticristianos». A partir de *una creencia*, el P. Muiños deduce la *falsedad*... y proclama que «la verdadera crítica es la cristiana»; es decir, la que él entiende por tal, la que según su *creencia* es la cristiana. Vamos, la *suya*, la del que inventó las *esferas peliagudas* y la de otros dos o tres frailucos.

¡Ay, P. Muiños! ¡Si usted supiera qué de cosas hay en el arte, y en el cristianismo y en todo el mundo, que usted no sospecha tan siquiera que existen!

Ya que usted anda buscándome defectos y pecados, ¿quiere que le diga cuál es mi mayor delito en todo este barullo?

Pues cualquier persona sensata (tal vez el mismo P. Blanco García, que no tiene gusto, pero es prudente, estudioso, juicioso) se lo pueda decir:

Mi delito consiste en haberme metido con usted, en haberle disgustado, en no haberle dejado en la tranquila beatitud en que usted confunde las ventajas traídas a la civilización por Jesucristo con los méritos poéticos y *críticos* con que adornó la naturaleza a vuestra paternidad, a quien deseo larga vida. Amén.

Por último: El P. Muiños, que piensa que por ser *cristiano*, o parecerlo, ya es el crítico perfecto, ignora muchas cosas. Ignora, por ejemplo, que eso de que «lo bello es el resplandor de lo verdadero» es un falso testimonio que le levantan a Platón. Platón *no ha dicho tal cosa en ninguna parte*.

Entre faldas

¿Cómo *se rotula* el jefe, amo, director o rabadán de los agustinos?

Llamémosle o *rotulémosle* general, como el de los jesuitas, que hasta a los frailes, monjes y demás gente de claustro paterno les gusta jugar a los soldados.

Pues bien, mi general: esto ya no puede tolerarse. Esos agustinitos o capuchinos de bronce del Escorial (hablo de la sección de letras, pues de los demás nada tengo que decir) están locos de remate y no se resignan a pasar por lo que son, literatos cursis y sin gusto, gente ridícula, en cuanto poetas y críticos; sea lo que quiera de todo el dogma, de toda la moral y de toda la disciplina.

Habíamos quedado, mi general, en que su reino de ustedes no era de este mundo, y mucho menos del mundo de las vanidades literarias.

Pues como si cantara. El P. Muiños, *ese* lírico de Soria, y el P. Blanco, *ese* Aristarco de Piloña, echan espumarajos de santa cólera místico-poético-crítica, y han soltado contra mí la jauría de legos de presa que tienen a sus órdenes por esos periodicuchos neos que alimenta Pidal con destinos y otras hierbas.

Recibo anónimo tras anónimo, a cientos; todos huelen a sacristía; algunos vienen sin franqueo, de modo que me cuesta dinero enterarme de que los mestizos de toda España me tienen por un antecristo crítico y por un ser dañado interiormente.

Hasta los aguadores se conjuran contra mí, señor general, y según veo en un *recorte* de un periódico, que debe de ser *La Unión Católica* (a juzgar por una *lica* en letras gordas que hay al principio), el tal aguador, probablemente paisano del P. Blanco, me pone perdido porque me he permitido censurar al agustino frescachón o el colegial desenvuelto.

Empieza por faltar a la verdad el aguador, como faltaba aquel otro fraile a quien echaron de la *Unión Católica*, y dice que yo me permito indirectas «sobre los efectos que pueden producir las lecturas eróticas en un fraile joven encerrado en su celda». Lo que va entre comillas se supone que es copia de palabras mías. Pues falta a la verdad el aguador, porque yo no he dicho tal cosa; yo he dicho que el P. Blanco estaba «entregado a lecturas sugestivas como demonios». Eso y no *lecturas eróticas*, que o no significa nada, o significa una atrocidad, tratándose de un monje. (Uso las palabras monje y fraile como el vulgo. ¿Quién renuncia a llamar frailes a ciertos señores regulares?)

Y sigue el aguador (el estilo es de aguador, por eso creo que lo es): «El P. Blanco es un sabio en toda la extensión de la palabra: el que ha escrito que no puede decirse que un libro *se rotula* no sabe castellano.

Veán ustedes, ante todo, la congruencia de las cláusulas copiadas. «El P. Blanco es un sabio: el que ha escrito, etc..., no sabe castellano».

Pero, además, ¡oh aguador!, el que no sabe castellano, ni por indicios, es el que sostiene que el P. Blanco dijo bien al decir que Vital Aza «ha escrito un *libro que se rotula Todo en broma*».

Según el aguador, se puede decir eso como Cervantes dijo: «Este grande que aquí viene se intitula Tesoro de varias poesías».

Sí, señor; *se intitula* puede decirse, pero *se rotula* en el sentido mismo no; coja el aguador el Diccionario de esa Academia cuya autoridad invoca, y verá que intitular se usa también como reflexivo; es decir, que hay *intitularse*, como hay *llamarse*, que significa tener un nombre o apellido. ¡Pero no hay rotularse! ¿Sabe usted lo que sería, en todo caso, rotularse? Ponerse rótulos, el tatuaje de los salvajes, como si dijéramos. Pero aun así, no podría aplicarse esto al libro, que no *se rotula* a sí mismo. El libro de Vital Aza *lo rotuló* su autor de una vez para siempre; de modo que no le andan *rotulando* todos por ahí, y por eso es una gran barbaridad decir que el *se rotula*, ahí, es verbo pasivo. Es un

reflexivo... absurdo, porque no hay *rotularse* reflexivo, y el activo rotular empleado en forma reflexiva significaría *ponerse rótulo*, pero no intitularse, llamarse, tener tal nombre. ¿Qué apuesta *La Unión Católica* a que el mismísimo Tamayo y Baus me da la razón? Pregúntenle, pregúntenle. Si Tamayo les dice que es lo mismo decir que un libro se intitula que decir que un libro *se rotula*... prometo someterme a la penitencia que el P. Muiños o el P. Blanco me impongan. Es más: creo que el mismo P. Blanco estará ya convencido a estas horas de que ha dicho un dislate.

¿A que no canta la palinodia *La Unión Católica*? ¡Ca! Volverá a citar al Sr. Novo y Colson y a emplear otras maliciucas de neo rabiado; pero ¿a que no confiesa que se ha equivocado en lo de *se rotula*?

Rotular, según la Academia, es *poner* un rótulo, y nada más que esto. Por eso está mal decir que un libro se rotula «A o B». Digo yo: «Un libro *se rotula* de una vez para siempre». (Aquí está bien dicho, porque, en efecto, esta oración es una segunda de pasiva, y se trata de *poner* un rótulo, y el sujeto no se nombra). Pero rotular, en el sentido de *intitularse*, *llamarse*, como reflexivo, no existe; por eso está bien: *el libro de Aza se intitula Todo en broma*, o se llama *Todo en broma*, y está mal: *se rotula Todo en broma*. Estaría bien si rotular tuviera esa otra acepción que tienen llamar e intitular, que admiten el reflexivo. Pero no la tiene; ¿yo qué culpa tengo? En fin, yo apuesto mil pesetas ahora mismo a que *La Unión* se ha equivocado. Y admito por jueces a tres académicos neos... de los que sepan gramática.

Para que el colega (si eso es un colega) no se pueda escapar por ninguna parte, ahí van varios ejemplos de lo que no puede decirse y de lo que puede decirse:

Supongamos a Vital discutiendo con el editor del libro; puede decir Vital:

-Pues hada; se rotula el libro *Todo en broma*, y hemos concluido.

Y puedo decir yo:

-Después de estas disputas, se rotuló el libro como va dicho y se fueron a cenar.

Pero el P. Blanco queriendo decir que el libro de Aza *se llama Todo en broma*, no puede decir:

-*Todo en broma*, finalmente, se rotula un libro recentísimo de Vital Aza.

Y no crea el aguador de *La Unión* que le está prohibido al P. Blanco hablar así por ser fraile; no, señor: es porque en los casos anteriores es efectivamente pasivo el verbo, se refiere su acción al hecho de poner rótulo; pero no así en el caso del fraile, que lo que quiere decir es otra cosa; *rotularse por intitularse, llamarse*... y eso es lo que no admite la gramática.

Y esto no es cuestión de opiniones, es *absolutamente* cierto que es como yo lo digo... Y apuesto las mil pesetas.

Y sigue el crítico de *La Unión* (ahora he averiguado en otro ejemplar que se llama Pedreira, y aunque tiene nombre de gallego, no puedo asegurar que sea aguador): «Tampoco es cierto que el P. Blanco no sepa conjugar el verbo *desdecir*, porque en la página 482, línea 3 inferior, dice *desdeciría*, y no *desdiría*, como aseguran los críticos que se ceban en las erratas de imprenta».

Vuelve a faltar a la verdad *La Unión*. Yo no he dicho que el P. Blanco dijera *desdiría* en la página 482. Lo que dije, y repito, es que el P. Blanco dice *desdirían* en la página 269. Y, en efecto; lo dice en la línea 17; no hay más que ir a verlo.

¿Que es errata? ¡Pamplinas! Los cajistas no se meten a convertir en irregulares las formas regulares de los verbos, si los autores los escriben bien. Diga usted que el P. Blanco hace con *desdecir* lo que hacen las mujeres con la *b* y la *v*: usarlas por rigoroso turno pacífico.

Pero ¡si el libro del P. Blanco está lleno de disparates! Por donde quiera que se abre se ve, o una falta de gramática, o un adefesio de lógica. Cuando no escribe a lo periodista de fondo de *La Época* o a lo romántico trasnochado, se pierde en tautologías, impropiedades e incongruencias.

Cojo un alfiler, pincho el libro, abro... y leo, página 402: «se dirigen a fines cuyo *mutuo parecido...*».

¿Hay mayor disparate? Esto es peor que las *risotadas mutuas* de la Pardo Bazán. ¿Cómo ha de ser un parecido no siendo mutuo? Si una cosa se parece a otra, es claro que ésta se parece a aquella. ¡Oh la crítica agustiniana!

¡Cuánto mejor estaban ustedes fabricando *Chartreuse* verde!

Este *mutuo parecido* está, por cierto, junto a un insulto a *Clarín*. Pero yo no contesto al P. Blanco, por huir del parecido... mutuo.

Página 207: «El sello bretoniano que distingue las obras de Serra se extiende hasta *los más imperceptibles pormenores*, aunque nunca permite ver las huellas del plagio, porque eran más grandes que todo eso las disposiciones del imitador».

¡Qué de desatinos! ¡Pormenores imperceptibles! ¿Cómo han de ser *imperceptibles* los pormenores de una obra de arte? O no son pormenores, o se perciben. Y si no son perceptibles, ¿cómo sabe el P. Blanco que en ellos está el sello bretoniano? ¿Y qué es eso de un *sello* que no permite ver las huellas de un plagio? Sin querer llama plagario a Serra, y lo que dice es que las disposiciones de este eran tales que disimulaban el plagio (no permitían verlo). Y en todo caso, si no había plagio, sería gracias al autor, pero no al *sello bretoniano*, que en eso ni entraba ni salía. Sería gracias a las grandes disposiciones para no permitir que se viesan las huellas.

En la misma página: «El *Don Tomás todo entero*».

Allá los puristas.

En la misma página: «*singularmente* por *ese* sabroso buen decir, y por (¡adiós *singular!*) esa vena de *excelso* versificador...» ¡*excelso* versificador! ¡Bonito epíteto! ¿Cómo llamará a Dios el padre que llama excelsos a los versificadores? Si el padre toma el Diccionario al pie de la letra, y sin criterio, el mejor día nos dice «la excelsa mantequilla de Soria», para adular al P. Muiños.

El P. Blanco es un bendito, que no tiene idea de lo que es gusto, ni de lo que es una *Historia* de la literatura. Le cuentan cualquiera anecdotilla insignificante y sosa... y allá va, al *monumento*, como dicen los neos que le jalean la *obra*.

Como ejemplo de las improvisaciones graciosas de Serra, copia esto:

Bebe un músico *Burdó*
y gasta de flor el pan,
y lacayo... y... ¡qué sé yo!
¡Y junto al músico están
cuatro autores *sin reló!*

¿Habrase visto cosa más ridícula? ¿Un *historiador* admitiendo estas... quisicosas en un libro serio, con pretensiones de *monumental*? Y en seguida copia esto otro:

Oudrid, me ha dicho Reguera
que al acabar la función
subas a la dirección,
que en la dirección te espera.

¿No es... tonto, valga la verdad, tonto el *crítico* que gasta tinta y papel en tales fruslerías?
¿Sirven esas *improvisaciones* para pintar la gracia espontánea de un Narciso Serra?

¡Y *querían* que Valera alabase el libro del Padre Blanco!

En la página 274, para elogiar los caracteres de cierta novela, dice que todos los personajes se *mueven a compás*. ¡Vaya un movimiento! ¡Parecerán *héroes* de Juanelo!

Página 465: «Toda la trama de la obra, compuesta de increíbles atrocidades, *la colocan* (la trama... la colocan) a gran *desnivel*, respecto de la precedente».

Para el P. Blanco sólo está a gran *desnivel*... lo que está más bajo. Pues figúrese que esa trama fuera tan excelente que hiciera de la obra una maravilla; pues también la colocaría a *desnivel*... al ponerla más alta. El P. Blanco, a quien le faltan más de mil para crítico y le sobran más de cien para arador, está a un gran *desnivel* respecto de los críticos y de los aradores.

En la página 586, hablando de los estudios literarios del respetable y sabio F. Canalejas, difunto, dice el P. Blanco: «y aún se permitió el lujo de estudiar los adelantos de la Filología moderna». Y eso es una impertinencia de frailuco pedante y sin trato de gentes. ¡Burlarse de Canalejas el Padre Blanco!

Después da a entender que Canalejas se volvió loco por estudiar mal y caer en dudas filosóficas.

Esto no cabe comentarlo con cuchufletas. Razón tiene Cánovas cuando dice que ahora hay *delitos nuevos*. No es delito *penable*, pero sí delito de lesa crítica, sacar a relucir las enfermedades de los autores para relacionarlas con sus ideas, como argumentos contra estas. ¿Qué tiene que ver la demencia de Canalejas con su filosofía? Además, ¿le consta al P. Blanco esa demencia?

Página 329: Habla el P. Blanco de la vocación y de la inspiración de Núñez de Arce, y dice que «veinte años estuvo represada aquella corriente impetuosa...» y en seguida añade: «y lo que más asombra: esos veinte años no lo fueron de estacionamiento». ¿Con que no? Pues si la corriente estuvo represada, *estacionamiento* hubo; y si no hubo estacionamiento, no hubo tal presa ni represa.

Por cierto que esa corriente después «*corrió* siempre con el mismo *insuperable éxito*». ¿Pero sabe el padrecico lo que significa éxito? Un éxito puede ser insuperablemente... malo. Éxito es salida, y la salida puede ser... por la puerta o por la ventana; buena o mala.

Por hoy basta. Otro día examinaremos, entre otras cosillas del convento, unos versos que el padre Blanco me pone de ejemplo, para que yo aprenda a tener oído.

Hay P. Blanco, para rato. Y ustedes dispensen; yo lo que puedo hacer es *alternar* con otros asuntos; ¿pero dejar al padre de los parecidos mutuos? ¡Quia!

El certamen de San Juan de la Cruz

Ya lo oyen ustedes: la Academia Española, en un arranque de idealidad contemplativa, ha determinado desprenderse de mil pesetas para entregárselas al poeta místico de más agallas, el que *cante* mejor que todos sus émulos del concurso (o pujas a la llana) al seráfico San Juan de la Cruz en el tercer centenario de su muerte, acaecida en diciembre de 1591.

Ya lo oyen nuestros vates *fin de siècle*, nuestros simbolistas, decadentistas, instrumentistas, místicos, etc., etc. Salgan al campo del honor poético nuestros Verlaine, nuestros Peladan, nuestros Mallarmé, nuestros Villiers-de-l'Isle Adam. Si allá por Francia es moda entre la juventud literaria, y la que no es juventud, sacar a relucir la vida y milagros de santos ilustres, y un escritor-artista nos habla de San Francisco de Asís, otro de San Ignacio de Loyola, etc., etc., del propio modo nuestros ilustradísimos y profundos

y muy sentimentales poetas jóvenes sabrán cantar al sublime carmelita, el gran amigo de Teresa de Jesús, al reformador Juan de Yepes. Salgan, salgan de las oficinas nuestros poetas modernísimos, y emprendan la *subida del monte Carmelo*, y púntennos la *noche oscura del alma*, y declárennos el sentido del *cántico espiritual*, y procuren abrasarnos en la *llama de amor viva*.

Aun suponiendo que nada tengan que decir del venerable San Juan, a quien puede que Velarde confunda con San Juan degollado, de todas suertes, anímense; que cuatro mil reales no son para dejarlos en el arroyo.

¡Bueno sería que la sed mística que se le ha despertado a la Academia quedase sin saciar, por no haber un valiente que se atreva con el género que hoy maneja cualquier *boulevardier*!

¡A ver, ese Grilo, el de las *Ermitas de Córdoba*!, atrévase usted con San Juan, que por allí cerca anduvo haciendo penitencia. Pero ¡nada de seguidillas disimuladas!, de esas que escriben ustedes de esta manera:

En el alto del puerto canta Marica:
¡cada quisque se rasca donde le pica!

Y usted, Sr. Saw, ¿no se anima? ¿No ha cantado usted al Himalaya? Pues San Juan de la Cruz era mucho más bajo.

¿Y el Sr. Ferrari? Este casi tiene la cosa hecha; con leves variantes, puede servirle para la subasta académica el pliego de condiciones titulado *Abelardo*. El que describe unos hábitos, describe ciento. Aquellos famosos Alpes del Sr. Ferrari pueden convertirse en Sierra Morena...

Pero, no; el llamado a desaparecer, digo, a dar en el clavo, es el Sr. Velarde, que ya tiene un poema titulado *Fray Juan*. Deja usted el Juan, cambia el Fray por San, y mil pesetas seguras. ¿Que en ese poema no se hablaba del ilustre místico español? ¿Y qué? Tampoco se hablaba de Fray Juan. ¿Qué es lo que decía allí el Sr. Velarde? Pues, si no me es infiel la memoria, cosas por este estilo:

Del huerto sobre las bardas
el gallo ya cacarea;
sube hasta las nubes pardas
humo de una chimenea;
garañones con albardas,
naturales de la aldea,
rebuznan, y en las bufardas
el gato en mayar se emplea.

Pues todo esto se puede decir del tiempo de San Juan de la Cruz, sin que se pierda el sabor local ni el de época. Amanecer y anochecer es cosa de todos los siglos; de modo

que el Sr. Velarde, con decir cómo salió el sol y cómo se puso el día en que el santo entregó el alma a Dios, ha cumplido.

Yo me chupo ya los dedos de gusto figurándome el poema descriptivo del Sr. Velarde, dedicado a la muerte del santo. Primero de todo la cédula de vecindad, o por lo menos las señas personales:

Entre mediano y pequeño
aquel siervo del Señor
fue trigueño de color,
y aunque asceta no cenceño.
De nariz era aguileño
y tan sencillo en su trato
que, huyendo todo boato,
en sus muchas excursiones
nunca montó garañones
por motivos de recato.

Después vendrá el viaje del niño Juan con su desgraciada madre, Doña Catalina Álvarez, a Medina del Campo, ¡y aquí te quiero descripción! El Sr. Velarde aprovechará, como si lo viera, el viaje de la viuda de Yepes para pintarnos las famosas ferias de Medina; y comenzará así:

El emporio castellano
ofrece mil baratijas;
peines de cuerno, sortijas,
pañuelos para la mano;
y en concurso soberano
que pasma la fantasía,
algalia, aljófara, la fría
hoja que afila Albacete,
muchos versos de Cañete
y una que otra chirimía.

En fin, si el Sr. Velarde no se gana esas pesetas académicas, será porque no quiere. Mas por si se decide a conquistar el lauro y los cuartos, le daré un consejo: que cuando le paguen su misticismo en verso, si se lo pagan en billetes, mire bien que no sean como Catalina y Commelerán en cuanto literatos.

Falsos.

San Juan de la Cruz y la Srta. Valencia

Acabo de recibir un librito que se titula *A San Juan de la Cruz*, poesía de Doña Carolina Valencia, premiada en público certamen por la Real Academia Española, y publicada a sus expensas.

Es decir; a mis expensas y a las de ustedes, porque aunque ni ustedes ni yo somos académicos para cobrar, lo que es para pagar como si lo fuéramos: en cuanto pagano, todo contribuyente es académico.

La Real Academia paga con nuestro dinero, y, por consiguiente, el verdadero tribunal, el de alzada, somos nosotros. Yo, por lo que a mi contribución toca, protesto contra el gasto de la Academia. No, no creo que se deba gastar el dinero del Estado en proteger debilidades poéticas de señoritas más o menos inspiradas, pero cuya *misión en esta tierra en que habitan* es muy otra que escribir odas cursis, nihilistas, tautológicas, inocentonas, anodinas e incorrectas. La señorita Valencia, créame a mí, es un Muñón sin más ventaja que la del sexo, que siempre es preferible siendo el bello. No haga caso la señorita Valencia al insidioso P. Blanco García, que la llama «Zorrilla femenino», con dudosa oportunidad onomástica. Según el P. Blanco, la señorita Valencia es una dulce y simpática poetisa, que desde el retiro de su hogar, (*porque ni siquiera reside en la corte...*) ¡Divino, páter, divino! De modo que según usted, el que reside en un hogar no reside en la corte; ¿en la corte no hay hogares? Y el *ni siquiera* tiene también mucha gracia; ¿qué querrá decir ese *ni siquiera*? «Tuvo el *arroyo de lanzar al público* un libro de poesías». Ni que fueran ladrillos, padre crítico. Vaya un modo de señalar.

«Hojas verdes y lozanas del árbol de un corazón sano». ¡Qué románticos son estos agustinos contenidos y condensados! «Los que estiman mortal toda culpa contra el *Decálogo de la moda*». ¿Qué decálogo es ese?

¿Cuáles son sus *diez* mandamientos? Porque si no son diez, no es decálogo, agustinillo. «No perdonarán a Carolina Valencia sus aficiones a mirar hacia atrás». Que mire, señor, que mire. ¿Cree usted que todos somos como Jehová, que no consentía esas miradas? Pero sigamos al P. Blanquillo, el cual dice que el que quiera «volver a sentir las impresiones que haya experimentado con la lectura de los *Cantos del trovador* y el poema *Granada, sin molestia de la repetición*, que lea a Doña Carolina». Sublime. Aquí se revela el *crítico frailuno* de cuerpo entero. La *molestia de la repetición* de la lectura, tratándose de lo mejor del mejor poeta castellano actual, según el mismo P. Blanco, es un rasgo que equivale a toda una confesión. En vez de repetir (y *molestarse*) la lectura de Zorrilla... el P. Blanco lee a la señorita Valencia. ¡Y a un crítico así *iban* a tomarle en serio Valera, Balart, etc., etc.! Sigue el padre comparando a la señorita Valencia con muchas cosas parando a la señorita Valencia con muchas cosas incongruentes e incoherentes, y dice que su alma «es un arpa eólica (¡eólica había de ser!), de la que nacen las rimas como agua de manantial copioso». Metáforas montadas en metáfora. «Sólo, sí, debe la autora *ponerse en guardia...*». ¿Pues no le manda ahora *ponerse en guardia* después de llamarla arpa y Zorrilla femenino?

Si a poner en guardia vamos, yo aconsejaría a la señorita Valencia que se fiara más de los *caprichos seniles de Zorrilla* (el masculino), contra los cuales la previene el P. Blanco,

que de las *dulcedumbres* críticas de un monje reconcentrado y lector de novelas de Peirolón. ¡Ponerse en guardia! ¡Mire usted que mandar a una señorita ponerse en guardia!

Yo no diría palabra de los versos de la señorita Valencia, si no se los premiara la Academia. De modo que en rigor todo esto va contra la cotorrón de la calle de Valverde, no contra la poetisa, que no es ni mejor ni peor que tantas otras que son muy malas, como es natural, y hasta conveniente. Una medianía literaria del sexo femenino, hace más estragos que el ejército de Jerges. Más vale que las literatas sean malas del todo.

La *oda* a San Juan de la señorita Valencia, se reduce, como todas las de su clase, a hinchar un perro con lirismo vacío, es decir, falso; a estar diciéndole a la musa: *canta* esto y *canta* lo otro; y vuelta con que va a cantar por aquí y va a cantar por allá, y por fin no sale de esta canción. Como se trata de un santo místico, abundan las florecillas simbólicas, y el ganado lanar y los desmayos transcendentales, todo ello sin calor ni sinceridad; frío, amañado, retórico; se ve que la señorita Valencia está pensando en el conde de Cheste y en el Sr. Tamayo, secretario perpetuo de la Academia, y no en el amor de Dios, que no es cosa para traída y llevada en *públicos certámenes*.

Sin mala intención, por culpa de la mala retórica, trata la poetisa al santo con escasos miramientos.

Le llama *serafín ardiente*, por ejemplo, que tiene tanto sentido como si le llamara... cámara ardiente, v. gr. En cuánto a la Academia, ya que se paga de formas, debió mirarse antes de premiar cosas como estas:

De aquella lira en el *Edén* forjada

Aquí se supone que en el Edén hay fragua y que las liras se hacen como los picos y los azadones.

Su ardiente fe se aviva y se *agiganta*

Demasiado sabe la Academia que el verbo agigantarse, agigantar, no lo considera ella castellano. Pero la poetisa no hace caso, porque insiste:

Cuanto más se amenguó más se agiganta

¿Cómo premia la Academia vaguedades sin sentido y de expresión tan desdichada como estas?

¿Quién es capaz de celebrar la gloria
de que se inunda el alma
con *ese singular abatimiento*
en que se *ciñe* victoriosa palma?

Suponiendo que la palma se ciña, ¿qué quiere decir todo eso? *Ese singular* abatimiento, ¿qué tiene que ver con las palmas?
Serafín abrasado del Carmelo.

(¡Ya se tostó!)

Tú a quien la primordial sabiduría
hizo participar de su *omnisciencia*.

Mucho lo dudo: ni San Juan de la Cruz, ni el mismo San Juan Ante-portam-latinam creo yo que hayan llegado a *participar* de la sabiduría infinita de Dios. En fin, si la señorita Valencia o Cheste y Catalina tienen otras noticias, no discuto...

¡Así andamos!

¡En estas *muñeiras* ha venido a parar la poesía religiosa castellana!

Yo quisiera que la señorita Valencia no leyera este *Palique*; sentiría mucho mortificar su amor propio. Pero... ¡si la quiero yo mejor que los padres descalzos que la adulan!

Esa facilidad que tiene para hacer versos que así, de repente, suenan bien, no es don poético; es cierta blandura nerviosa que nos consiente repetir ciertos ritmos después de habituar a ellos el oído.

Cuando yo, allá en mi adolescencia, me daba grandes atracones de alejandrinos de Víctor Hugo, me pasaba las noches, a poco difícil que fuera la digestión de la cena, *haciendo* de Víctor Hugo en la cama, con antítesis y todo. Después de leer mucho a Quintana, por ejemplo, no puede uno menos de empezar cualquier conversación diciendo:

Dadme que...

o bien

¡Cuándo será que...!

Todo es flato, y con los años y los desengaños se quita. No a todos; hay quien muere con el sonsonete... Pero la señorita Valencia que es buena cristiana, por lo que veo, desistirá de manejar el plectro.

Además, ella sabrá mejor que yo que en poesía hay que limar mucho; y quien dice limar, dice cortar. Las tijeras son instrumento de todo buen poeta académico.

Ya supongo a la señorita Valencia con las tijeras en la mano.

Y las tijeras, por natural asociación de ideas... la llevarán hasta la aguja. Por ahí empezaron los *rapsodas* de la Iliada.

Y después, ya todo es cuestión de... coser y cantar. Pero cantar de veras, no *límpicamente*.

Alarcón (Últimos escritos)

Uno de los pocos libros que merecen citarse, entre los publicados esta temporada, es el que se titula *Últimos escritos*, refiriéndose a los de Don Pedro A. de Alarcón.

No es que tal obra revele algún nuevo mérito del autor insigne; pero basta que sea libro póstumo de tan notable publicista y que contenga sus *últimos escritos* (?) para que se respete y tome en cuenta.

Aunque el libro no lleva prólogo, advertencia preliminar, epílogo ni cosa parecida en que se cuente la historia de su publicación, tengo entendido, (seguro estoy de haberlo leído en los periódicos) que han dirigido la edición muy cercanos parientes del ilustre novelista. No sé si han tenido que ceñirse a órdenes del difunto o si pudieron escoger según su juicio, o si han publicado todo lo que encontraron a mano... Ello es que hay gran desigualdad entre unas y otras materias, y que si ha habido libertad para elegir, no han debido sacarse a luz ciertos documentos de carácter puramente familiar, que nada interesante enseñan respecto de la historia e ideas del autor, y son, por el descuido de la forma, la futilidad del asunto, indignos del Alarcón que el público conoce, del único Alarcón que se quiso dar a conocer. Nada tiene de particular que un buen escritor al dirigirse privadamente a varios amigos improvise quintillas vulgarísimas, incorrectas, sin idea ni gracia; puede esto hacerse hasta por gusto, por descanso... pero no debe formar semejante escrito parte de la colección de obras póstumas de quien puede llegar a per legítimamente un autor clásico. No va esta censura contra los hijos y demás parientes muy cercanos del insigne escritor, los cuales, enamorados natural y noblemente de todas las memorias de ser tan querido, no están ahora para distinguir entre lo literario y lo no literario; pero la familia de Alarcón tiene amigos, muchos de ellos escritores de fama, y estos eran los obligados a separar lo digno de publicidad, y dejar para el afecto puramente familiar esos otros documentos, que en cuanto recuerdos son tan sagrados como todos, pero como obra literaria... no lo son siquiera, ni muestran pretensiones de serlo.

Por ahora el mal no es grave; reciente la desgracia que afligió a nuestras letras al desaparecer el autor de *El sombrero de tres picos*, todos vemos en el libro titulado *Últimos escritos* una reliquia más que otra cosa; todos podemos y debemos disimular defectos, olvidarlos, y pensar sólo en que tenemos delante páginas del querido *poeta*, sí, poeta, que ya no escribirá otras. Mas pasará el tiempo, Alarcón será juzgado con la fría justicia con que la posteridad siempre juzga, y por culpa de tales documentos esta obra póstuma desmerecerá en el conjunto de las de Alarcón.

En España en general no se da a la gloria literaria todo el valor que tiene; y por otra parte, no se respeta al público todo lo que se le debe respetar, no se le atribuye el juicio y el gusto que se le debe suponer.

Por esto sin duda nadie se ha creído, por amor de Alarcón, en el deber de impedir que una de las últimas páginas que nos quedan del escritor de *La Alpujarra* esté llega con quintillas como estas:

Mi muy queridos Velarde,
Campo, Herranz, Palacio y Grilo;
que el cielo benigno os guarde
y que estrenéis cada tarde
un traje entero de hilo.

Que llegada otra estación
gastéis cada levitón
que le diga a Dios de tú
y debajo del *surtout*
muy alegre el corazón.

Que así os sorprenda la muerte
pues que es preciso morir;
pero que muráis de suerte
que entre vivir y morir
el mundo a escoger no acierte.

Esto último no se entiende siquiera. Me parece imposible que Alarcón escribiese tales cosas para que se publicaran.

Por haber descuidos en esta edición, hasta hay impropiedad en el título. *Últimos escritos* de un autor quiere decir los últimos que escribió, y efectivamente lo dice: pues bien, en este tomo se publican varios documentos anteriores a algunos de los libros que el mismo Alarcón dio a la estampa. Sirva de ejemplo el artículo titulado «Acta de la junta celebrada anoche en la redacción de *El Belén*.- En Madrid a las nueve de la noche del 24 de diciembre de 1857...».

No se crea que es la poesía familiar que he citado por ejemplo lo único indigno de figurar ante el público en calidad de obra póstuma de Alarcón; a decir verdad, la mayor parte de los papeles aprovechados son inferiores con mucho al gran crédito que Alarcón había llegado a conseguir.

Tal vez afean, moralmente, el libro varios arranques de despecho contra el *naturalismo*, varias frases demasiado fuertes; pero hay la ventaja de que los aludidos por el Sr. Alarcón perdonan todo eso y mucho más, si hace falta, al que ha sabido ser, enmedio de todas sus aprensiones de artista, uno de los más espontáneos y robustos ingenios de su generación, en su tierra.

Y dispensen los lectores de *Madrid Cómico* el tono completamente serio de este palique, tono impuesto necesariamente por la calidad del asunto.

Ramos Carrión

Es un hombre tan fino, tan bien educado, que hasta en el modo de ser sordo se ve su cortesía.

Es sordo del izquierdo, y en este defecto físico encuentra Ramos un pretexto para dejarnos siempre la derecha. Cuando la cortesanía consiste en ponerle a uno al otro lado, hace como que no es sordo.

Prefiere no oír a mostrarse poco fino.

Esto de la exquisita buena crianza es una virtud en todas partes; en España una virtud heroica, cuyo mérito aumenta por la escasez de la oferta.

La mayor parte de los españoles aprovechan cualquier ventaja personal, cualquier mérito, cualquier gracia para dejarse de cumplidos y ser *un original*. ¡Como si fueran originalidad en esta tierra el descuido y la excesiva confianza en el trato! Los que no encuentran otro título para su escasa cortesía, invocan el genio de la raza, la proverbial franqueza castellana, o aragonesa, etc., etc... Rudos, sí, pero en el fondo... Como si le importara a uno el fondo cuando se tropieza con un aguador en la acera, o le pisan un callo, o le apestan la casa con el humo del cigarro, o le escupen una alfombra delicada de colores... Ha dicho un autor de *paliques* que a la mayor parte de los hombres que tratamos la única obra de caridad que solemos tener ocasión de hacerles, es la de ahorrarles las molestias de una crianza poco cuidadosa de la comodidad ajena. Un hombre fino, es un hombre bueno... mientras no se demuestre lo contrario.

¿Que adónde voy a parar? Pues al arte, al teatro, al talento de Ramos Carrión.

El principio de no molestar al prójimo, de mostrarse afable, de trato fino y agradable, lo lleva Ramos Carrión a la escena, y le va tan ricamente. El público desde el primer día se aficionó a un autor tan cortés y atento y le ha hecho uno de sus predilectos, y uno de los más ricos, si no el más (que tal vez sí), entre los literatos que en España viven del producto de su ingenio.

La buena crianza nos exige que no hablemos a las personas de lo que no entienden, de lo que no les interesa; que no aburramos al prójimo con las preocupaciones de nuestro egoísmo, haciéndole prestar atención a nuestras gracias, aventuras y milagros. La buena crianza pide también que no escandalicemos a quien nos oye con desvergüenzas, blasfemias, chistes demasiado verdes, etc., etc. La buena crianza pide que no demos *latas* a nadie (usando una palabra que me disgusta, pero hoy muy corriente).

Pues bueno; Ramos Carrión, por natural impulsivo de su ingenio, por carácter y también por legítimo y prudente cálculo, cumple en el teatro con estos preceptos de la buena crianza, ante todo; escoge, por de pronto, sus asuntos de suerte que siempre puedan

interesar al público probable de los teatros españoles; así, se guarda de meterse en filosofías de once varas y de sentar plaza de reformador de la sociedad. Acuérdesse o no de Horacio, sigue su precepto, midiendo bien las propias fuerzas; y gracias a esto, ni el público se ha reído de él y de sus pretensiones jamás, ni sus comedias y zarzuelas le han puesto nunca en ridículo a los ojos de los hombres de buen sentido y de buen gusto.

Esta prudencia artística, que le ha librado de caídas monumentales, le ha servido para que otros autores, ya dramáticos, ya líricos, ya meramente prosaicos, le miren por encima del hombro y le tachen de poco *transcendental*.

Y es que aquí se confunden las facultades con los pujos; y el que se mete a escritor profundo y docente y de trastienda filosófica, ya cree tener el mérito del género, que trata de cultivar, sin más que desearlo.

Es claro que los grandes poetas, los grandes novelistas que llevan al arte con buen éxito las ideas y los sentimientos capitales, con fuerza y profundidad original, son superiores a Ramos Carrión... pero no lo son los que pretenden todo eso y no lo consiguen, que son casi todos los que lo pretenden.

Si al día siguiente de estrenarse uno de esos dramas que les parecen a los incautos dignos de Echegaray, pero no lo son, se dijera a la pasmada gacetilla que el *ídolo* aquel, que según ella trae *nuevos moldes* y viene a transformar el teatro y la sociedad corrompida e hipócrita, es mucho menos artista del teatro que Ramos Carrión, ¡qué escándalo!, ¡cómo protestarían los gacetilleros inspirados y videntes! Pues que pase el tiempo, y se verá que aquellos dramas sublimes, aunque hayan tenido buen éxito, se quedan anticuados, ñoños, insoportables a los pocos lustros... mientras *Los Sobrinos del Capitán Grant* siguen tan frescos, y hacen las delicias de varias generaciones. Y quien dice los *sobrinos* dice otros próximos parientes suyos hijos del mismo padre.

Ramos huye de la transcendencia filosófica en tres actos y en verso, como del demonio; de quien no huye es del melodrama, y hace bien; porque la trascendencia sentimental sí la entiende el público.

No negaré que esta es la parte más floja del teatro de Ramos, pero aun aquí tiene mucha defensa.

Ante, todo, él mismo está lejos de creerse un Shakespeare ni siquiera un Eurípides, porque acierte a interesar y arrancar lágrimas al pueblo bonachón y nada *esteta*. Ramos cifra en sus melodramas la mayor y más sana parte de su presupuesto de ingresos, pero no cifra en ellos su vanidad.

La zarzuela sentimental, melodramática, ya sabe él que se vende entre los específicos, tiene su fórmula... pero no todos aciertan con ella.

Otros muchos escriben zarzuelas *serias* y melodramáticas con las mismas recetas... pero se las silban.

Por algo las mantecadas buenas son de Astorga, los bizcochos borrachos de Guadalajara y la mantequilla y el P. Muiños de Soria.

El melodrama por sí no es tan malo como se dice: lo malo es el abuso. Hoy muchos escritores serios y que buscan novedades ensayan el modo de resucitar el melodrama... correcto, siempre racional y artístico. Un escritor y crítico tan avisado como el famoso panegirista francés del *dandysmo*, a pesar de su genio paradójico, *decadente* y refinado, lloraba en su butaca oyendo y viendo representar un... *buen* melodrama... sin perjuicio de reírse después de sus lágrimas.

Ramos Carrión nos da sus dramas sentimentales con el adobo de la música, que tan bien les sienta. Además, prefiere manejar los lugares comunes sentimentales a sorprendernos con disparates nuevos y espontáneos. Otro sí, Ramos Carrión *ni aun* escribiendo zarzuelas altisonantes es incorrecto en el decir. Otros creen que en habiendo música y melodrama de por medio ya sobra la gramática. De lo que no puede librarse Ramos es de dar a sus personajes de este género un lenguaje de... «novela por entregas», como dice él mismo burlándose de estas cosas en *Los Sobrinos*, que tanto honran a su tío.

Y saliendo de la *zarzuelona* seria (donde, cuando hay ocasión, pone tanta sal cómica para que no se pudra), ¿qué se puede decir del teatro de Ramos que no sea en elogio de su discreción, de su gracia, de su abundancia, de sus dotes de observador, de autor cómico de buena y clásica cepa?

Su ingenio es fecundísimo, y cumpliendo con aquella regla de buena crianza de que hablábamos antes, no nos habla *de sí mismo*, no se *subjetiva*, no se endiosa, no se ensimisma, no se amanaera, y corre por el mundo real buscando novedades, variedad constante, pintorescas peripecias.

El teatro de Ramos nos habla siempre de la modestia del autor, de sus limitadas y legítimas pretensiones, que se reducen a gustarnos lo más que pueda... y a cobrar lo más que quepa.

No será sólo Ramos Carrión, ni mucho menos, a Dios gracias, el autor dramático que en el día en que la posteridad juzgue a todos los de ahora, los de España, aparecerá por su naturalidad, sencillez, espontaneidad, habilidad y fecundidad pintoresca por encima de muchos estirados catedráticos de la escena y de la novela y de otros géneros.

Hay varios poetas muy españoles y muy poco transcendentales que con él representan lo más castizo y lo más *natural* y espontáneo de nuestra escena en estos tristes días de general decadencia. Excuso decir que Echegaray está excluido de estas comparaciones. Las tentativas de Galdós tampoco tienen nada que ver con esto. Ni tampoco el *Drama nuevo*.

La modestia, que yo tengo bien probada, del muy simpático escritor zamorano, tal vez se debe a que Ramos tiene un Píldes de mucho ojo dramático, un Noherlesoom teatral y muy entendido en contabilidad.

Este Píldes, a quien sin su permiso no quiero nombrar aquí, es el encargado de cobrar los derechos de autor y también corre con los trimestres de la vanidad. Pero esta vanidad por cuenta ajena, vanidad sin egoísmo, es muy disculpable, tiene otro nombre; ceguera de la amistad.

Para el Píldes de Ramos Carrión, este es el primer autor dramático español. Sus argumentos para probarlos los busca en la aritmética y en el cariño.

[...]

¿Que si tiene defectos mi *apadrinado*? Eso no se pregunta. Tales defectos, resaltarían mucho más, y yo hablaría aquí de ellos, si Ramos tuviera cierta clase de pretensiones... Pero como no las tiene...

Ni siquiera nos dice que se deba escribir para el teatro como escribe él. Se contenta con sostener que él debe escribir así porque es como sabe... y sabe que el público aplaude y paga.

[...]

El voto de emborronar esta semblanza lo hice el verano pasado viendo los cuadros *chilenos* de *Los Sobrinos del Capitán Grant* por la trigésima vez, y observando la gracia verdadera y sanísima que hay allí y la alegría con que una nueva generación celebraba la frescura y lozanía de aquellos chistes y de aquellas figuras y situaciones, que a mí no me gustaban tanto en mis mocedades *críticas*, porque era yo más *filósofo* que ahora y había vivido mucho menos [...]

Vital Aza

Vital Aza es muy largo.

Con eso le basta; no ha necesitado descubrir la *cuarta dimensión* para encontrar el elixir del buen éxito, o sea contra las silbas.

Vital Aza es de un país que produce muchas cosas buenas, verbigracia: manzanas, ganado vacuno, avellanas, ministros, carbón, obispos y cardenales, hierro, maíz, diputados influyentes, contratistas aprovechados, pastos, americanos que van... y vuelven con media América, etc., etc.; pero no produce poetas, ni en general artistas en el riguroso sentido de la palabra.

Por lo común, los asturianos son listos, pero en prosa. La prosa se va a la ganancia, al provecho, a la utilidad. La listeza asturiana también. El asturiano lo concilia todo con el ascenso, con la carrera.

Los grandes asturianos se llaman Jovellanos, Campomanes, Argüelles, Toreno, Pidal, Inguanzo... es decir, ministros, próceres, cardenales (Martínez Marina, uno de los grandes asturianos más simpáticos, no pasó de canónigo; pero al fin... ¡canónigo! Y tal vez por no haber ascendido más descansan sus restos desdeñados lejos de la patria regional, allá en Zaragoza.)

Si vamos lejos, remontandola historia, encontramos los Quintanillas y Menéndez de Avilés, consejeros y caudillos de grandes reyes... El primer mártir asturiano, murió pocos años hace, en China.

La filosofía, la cosa más extraña a la utilidad, la filosofía que metió a Diógenes en un tonel, y a San Pablo, que filósofo era, le redujo a remendar tapices y a Espinosa le obligó a pulir vidrios, tiene en Asturias su ilustre representante: Fray Zeferino González, que es... *príncipe* de la Iglesia, cardenal. Observen ustedes que ha habido muchos asturianos cardenales. Cardenal viene de *quicio* (*a cardine*; cardo, inis), y los asturianos no se salen de quicio, y por eso, en la Iglesia, tiran a cardenales.

Campoamor ha sido el único poeta asturiano... *lírico*, de cuenta. Pues Campoamor es consejero de Estado además de lírico, y suele ser senador cuando no se atraviesa el barón de Covadonga.

Pintores asturianos célebres, no los hay; sólo Carreño, discípulo de Velázquez, empieza hoy a ser considerado a cierta altura.

De autores dramáticos, Vital Aza es el primer asturiano que puede citarse, entre los de fama, dejando a parte a Bances Candamo, que hoy nadie recuerda, y creo que era asturiano, y no citando *El delincuente honrado*, de Jovellanos... porque es una golondrina que no hace verano.

Vital Aza es poeta... pero asturiano. Sus versos son fáciles, correctos, graciosos, intencionados, sutiles si hace falta, vivos, animados... poco *líricos* casi siempre; no es soñador, ni gana; cuando se deja llevar por la pura idealidad soñadora... acaba por burlarse de sí mismo mediante una *salida* que le llama cómicamente a la realidad.

Era *natural* que Aza, poeta, y poeta dramático, cultivase la comedia, y la comedia más realista posible, la que toma el elemento cómico de la prosa ordinaria de la vida; la que da lecciones con los desengaños, a veces grotescos, de las pequeñeces de la experiencia cotidiana. En las comedias de Vital Aza veréis las reminiscencias de su juventud, no en vagas *saudades* de los primeros amores, sino en el *sensucht* (!) prosaico de las *primeras patronas*. Si se acuerda de sus novias es para pensar en la mala ortografía de las señoritas españolas de nuestro principio, medio y fin de siglo. Las casas de huéspedes son como una obsesión (que sabe explotar) de su teatro; sus *Tenorios* no se encierran en el sepulcro de doña Inés, sino en un *armario*.

Pero como por muy *realista* que sea la poesía es poesía... no es una carrera del Estado, ni de la Iglesia, ni una contrata, ni unas Indias, ni una mina, Vital Aza tuvo que decirse:

¿Cómo llegaré yo a *cardenal*, ni más ni menos que Inganzo y Fr. Zeferino?... En el teatro no hay cardenales... Pero si no puedo obtener el capelo, puedo ganar el sueldo. Y en efecto; Aza gana hoy con sus obras *trimestres cardenalicios*: es un *príncipe*... del trimestre. ¡No podía menos! Asturiano que se distingue, asturiano que gana dinero.

No conozco más excepción que la del protomártir Melchor, el sacrificado en China.

Y Vital gana todo eso por lo que he dicho: porque es muy largo.

No quiero decir, y ya lo supondrán ustedes, que gana los cuartos enseñándose por ahí en calidad de gigante chino, aunque bien pudiera, si no como chino, que Dios le libre, como gigante.

Vital es largo (y su estatura es un símbolo exterior) porque sabe mucho, porque conoce la aguja de marear... al público; la gran estética del buen éxito.

Preguntadle de qué escuela es, si idealista, realista, naturalista, *flamenco*, *tendencioso*, *verde*, *ratista*, *revistista*, etc., etc., y os contestará que es... *taquillista*; es decir, que él se atiene a la opinión que el público deja firmada en el talonario de contaduría. Para Vital, cada pedacito de papel de color del cual se arrancó otro pedazo, para dárselo a un *cliente*, equivale a una dedicatoria en un álbum de admiradores, dedicatoria que implícitamente dice así: «A Vital Aza un admirador... de tres pesetas», o lo que fuere.

Mas, entendámonos; Vital Aza cobra el arte... pero no lo vende. No prostituye la musa por ganar dinero; no sigue la novedad de la moda, el último *tic* del público; no sacrifica el decoro, el buen gusto al interés del momento; lo que explota es su ingenio, su habilidad, el tacto y la prudencia con que sabe elegir asunto, situaciones, chistes, caracteres.

Sigue el humor del público... pero no en sus extravíos, como seguía Madoz al partido progresista.

Vital no descubre horizontes, no *rompe moldes*, pero no pervierte el gusto ni la moral.

No es paladín de ninguna escuela ni tendencia. Pero tampoco tiene enemigos.

Nadie, ni dentro ni fuera del teatro, habla mal de Aza; todos le estiman, hasta los que le desdeñan con una fantástica altivez que suele ser muy cómica.

No es popular sólo en Madrid y en Gijón y en Oviedo y en Mieres (*donde reside*... desde mayo a octubre), es popular en toda España. Sus comedias, aunque ganan bien representadas, son de las que pueden abordar con menos dificultad los cómicos de *provincia* y los aficionados.

Por eso en toda España al autor de *Aprobados y suspensos* le llama todo el mundo Vital, como si le tutease; y muchos hay que creen que Vital es apellido.

Preguntadle a Vital: ¿a qué género, a qué escuela se inclina usted en su arte de hacer comedias?, y responderá:

¡Yo! Me inclino... a Ramos Carrión.

En efecto; en sus obras no hay más influencia que la de Ramos... cuando este escribe la mitad de la obra: no la mitad matemática, sino la mitad que supone la idea de escribir en colaboración. Ramos es también... cuasi-asturiano, si no es asturiano de nacimiento. Ramos también ha descubierto el arte de acertar siempre, gracias a cualidades análogas a las de Vital, y que ya he explicado en otra semblanza. Dios los crió y ellos se juntaron.

No hay para qué hacer comparaciones. Ramos es más... maestro, más antiguo, más experimentado, y esto puede decirse sin empacho, porque Vital es el primero que lo reconoce. Además se quieren tanto y tan de veras, que hasta los elogios los reciben *in sólidum*.

Atendiendo a lo que producen separados, se puede decir que las obras que hacen juntos ganan, respecto de las de Vital, en el estudio de caracteres, y respecto de las de Ramos, en *chistes de dicción* que pudiera decirse, y en *salidas* humorísticas, y tal vez en situaciones de un cómico picante, subido, alegre... Difícil sería ahondar mucho en este *cálculo diferencial*, porque muchas cualidades les son comunes.

Como particulares son muy diferentes.

Vital alto, Ramos bajo. Vital alegre, Ramos serio, casi melancólico.

Vital sigue siendo quien es en la comedia de la vida. Va, por ejemplo, a una casa de baños y entra con él todo el repertorio. Hace morir de risa a las damas, a las señoras graves, al mismo clero regular y secular que suele ser herpético y frecuenta estos lugares; y al cabo de la temporada se encuentra Vital con que los *indianos* a quienes ha hecho felices ganándoles el dinero al tresillo y demás, entre chiste y chiste, le regalan cajas de habanos; la musa de las cuarenta le ha sido propicia y la estancia *termal* ha sido para él de *termas regaladas*, como dijo el poeta. En fin, todo lo mismo que en el teatro.

Hasta a los *críticos severos* los deja sin un cuarto. Pero muertos de risa.

Excuso añadir que, lo mismo que en la escena, Vital gana aquí siempre por medios lícitos. Es que sabe.

Yo pido a los dioses, particularmente a la hermana Talía, que le conserven siempre a Vital el humor y la habilidad para seguir alcanzando gloria y provecho.

Para lo primero le basta su ingenio.

Para lo segundo... procure continuar siendo asturiano.

No haga como aquel *biografiado* de Cánovas, que primero era de una provincia y después de otra.

Don Manuel Silvela

La muerte de D. Manuel Silvela ha causado varios *vacíos* de esos *difíciles de llenar*, no por nada sino por *l'embarras du choix*, por las intrigas y rivalidades que surgirán para reemplazar al difunto en la Academia Española, en el Senado, si era senador, que creo que sí, y en los demás puestos que sin duda ocuparía el mayor de los Silvelas.

Yo me he propuesto no decir jamás palabra mala de los escritores que mueren, muy al revés de lo que hacen otros, verbi gracia, doña Emilia Pardo Bazán,

que sabe quitar la piel
si le encuentra muerto, a un can
y cuando vivo, huye de él.

Y lo digo por Velarde y Cañete, sin ir más lejos. Los cuales se habrán muerto queriéndome a mí bastante mal y a doña Emilia muy bien... y después ¡ya han visto ustedes qué responso les cantó!

D. Manuel Silvela era listo, y en tiempos en que Selgas pasó por un filósofo de estilo cortado, no es extraño que Velisla fuera tenido también por una lumbrera joco-seria.

En fin, miserias del año sesenta y tantos, de la época en que, como tengo dicho varias veces, por poco se vuelven tontos todos los españoles. A Dios gracias, algunas docenas se libraron de la peste.

De todos modos, Velisla, repito, tenía ingenio, cierta gracia en la pluma, era hombre culto, según dicen los que le trataron, amable, cortés...

Dios le haya acogido en su seno.

Pero no se trata de eso.

Se trata de declarar que el difunto no es responsable, ni en poco ni en mucho, de las atrocidades apologéticas que los periodistas, más o menos bachilleres, hayan podido decir con ocasión del entierro del *atildado* académico, como le llama un revistero fúnebre. ¡*Atildado!* Fíjense ustedes bien en la palabra; repítansela en voz alta varias veces, y acabarán por confesar que llamarle a uno atildado, así, a secas, y como si fuera una gracia, es ponerle en ridículo. Porque ¿quién es el hombre que se contenta con haber venido a este mundo para ser atildado?

No sé si D. Julio Nombela (también *eminente* allá por el año sesenta y tantos, el *siglo* de Salvador López Guijarro, como si dijéramos), no sé si D. Julio será hombre con o sin tildes; pero sí juro que es bastante mal intencionaduco en sus literaturas y correspondencias y que pone la pluma que es un dolor.

Véase la clase:

«D. Manuel Silvela y el duque de Fernán Núñez figuraban en el reducido número de esas individualidades a quien todo el mundo quiere, cuyas alegrías y pesares interesan aun a los que no los tratan y a los que se desea todo género de venturas».

Usted, Sr. D. Julio, hable por sí, y no ponga a los demás en un compromiso. Yo quiero a todas las *individualidades* del mundo, y si esas individualidades son prójimo, más todavía; yo deseo todo género de venturas a cuantos seres son capaces de ventura; a usted mismo, Sr. Nombela, si es capaz de gozar con algo un hombre que escribe tan mal; y no le quiero a usted por lo individual, sino porque todos somos hermanos, aunque parezca mentira. En cuanto a interesarme por las alegrías de Silvela y Fernán Núñez, así de un modo particular... francamente, no. Y si va usted a contar, la inmensa mayoría de los humanos estará en mi caso.

«Con el primero desaparece el último (¿eh?) representante (¡ah, vamos! era un *juego* de palabras!) de aquellos hombres de Estado a lo Chateaubriand, a lo Talleyrand (!), a lo Metternich (!!), de profunda ciencia, de claro talento, de ingenio chispeante, de *basta* (así dice) erudición, de amenísimo trato y de una corrección (?) y elegancia superiores».

Como usted ha dicho «D. Manuel Silvela y el duque de Fernán Núñez», resulta que el *primero* es Silvela. ¿Tan Metternich era Silvela, hombre? -¿Que no, que se ha equivocado usted, y el *primero* es el último, esto es, el duque de Fernán Núñez? Bueno, pues entonces: tan Chateaubriand era el duque? -Y ni el duque ni Silvela se parecen mucho, que yo sepa, a Talleyrand.

¿Que eran de corrección superior? Serían. A punto fijo yo no sé lo que usted quiere decir con lo de corrección. Lo de la elegancia, sí lo entiendo. ¿Le consta a Nombela la elegancia de Silvela y la elegancia de Chateaubriand? Y además, ¿es serio recordar a los hombres de Estado por elegantes? ¿Qué deja usted para los pisaverdes?

Sigue hablando Nombela de Silvela, y dice que... «los nobles sentimientos que *latían* en su corazón y se manifestaban en sus actos, acababan por inspirar una verdadera *adoración*».

¡Pero, hombre, eso ya es fetichismo!

Digamos con el poeta, sobre poco más o menos:

¡Dios mío, qué mal acompañados
se quedan los muertos!

Pues este D. Julio Nombela que escribe así, y peor si le apuran, ha sido en las olimpiadas de D. Salvador López Guijarro un *gran humorista y novelista y ensayista*.

¡*La Época* le daba cada bombo!

Y no se quedaba corto el mismo Nombela al elogiar a sus colegas... Recuerdo unos *retratos a la pluma* que publicó en *La Época*, de los cuales resultaba que eran unos genios muchos caballeros que hoy a duras penas serán jefes de negociado incógnitos...

¡Qué tiempos aquellos del año sesenta y tantos!

¡Y cómo se les van pareciendo estos del noventa y pico!

Yo, lo que López Guijarro, probaba otra vez a ser notabilidad...

Aunque fuera tiñéndole el pelo al humorismo.

Castro y Serrano

Es simpático.

Lo es a pesar de los bombos de *La Época* y a pesar de la amistad de Cánovas y hasta a pesar del discurso del Sr. Duque de Rivas en contestación al del *preopinante*.

Con lo que no estoy conforme es con lo que decía poco ha el Sr. Ortega Munilla en *Los lunes de El Imparcial*. Decía que la nueva escuela literaria había aprendido a escribir en los libros de Castro y Serrano.

Nego suppositum, como diría Pidal, el eterno pretendiente.

Primero niego que haya nueva escuela literaria.

Ni nueva, ni literaria, ni escuela.

Y si queremos admitir que varios jovencitos que a sí mismos se llaman gente acabada de salir del horno *constituyen* esa nueva escuela, todavía sigo negando que hayan aprendido a escribir en los libros de Castro y Serrano.

Porque no han aprendido a escribir todavía.

Y si de otras personas se trata, yo sé de muchas que escriben como gerifaltes, y si les apuran declararán que, lo que es leer, no han leído siquiera al Sr. Castro y Serrano.

Pero si no ha enseñado a nadie, a unos porque no lo necesitan, y a otros porque no pueden aprender, el Sr. Castro sabe escribir, aunque no sea un modelo, y eso basta.

Con esto de que sabe escribir no quiero dar a entender que corre como el galgo, ni vuela como el sacre, ni nada como el barbo.

No, señor, no es un águila, pero tampoco es un académico-mosca.

Si yo mandara en la Academia y llevase a feliz término la *expulsión de los moriscos*, que es mi ideal histórico, el Sr. Castro y Serrano no sería de los expulsados.

Este señor entra ahora en la casa ruinoso de la calle de Valverde... y yo creía que había nacido allí.

Era un académico de temperamento... pero no le reconocieron el hueso palomo de la *academicidad* hasta que, a fuerza de ser muchos años amigo de Cánovas, este le creyó bastante maduro para inmortal.

Pero ¡cría cuervos, cría cuervos! (Ya he dicho que el Sr. Castro no era un águila.) Lo primero que hace Castro y Serrano al entrar en la Academia, es clavarle el espadín a Cánovas hasta la empuñadura. (No sé si esto es un galicismo; no sé si nuestros inmortales usan espadín, como los franceses, pero supongo que sí.) Cánovas hace que le hagan académico... y Castro diserta acerca de la influencia... del azul en las bellas artes, digo, no, acerca de la amenidad en la literatura. Que es como disertar *contra La campana de Huesca, El solitario y su tiempo* y demás adormideras, dítamo y malvas de Cánovas del Castillo.

Los que no comprendan el corazón humano y los rencores que debe de engendrar el trato continuo de un amigo monstruo, no penetrarán la dañada intención de Castro y Serrano al escoger ese asunto. Cánovas, en la intimidad de su orgullo, debe de ser insoportable. ¡Pero bien se ha vengado el catecúmeno! En vez de hablar de Canalejas (D. Francisco) (que bien lo merecía, Sr. Castro), el *amigo* de D. Antonio nos suministra una defensa del estilo ameno, que viene a ser, como si dijéramos, una *semblanza al revés* de Cánovas estilista.

Pero el Sr. Castro y Serrano mató dos pájaros de un tiro. Puso en ridículo, sin nombrarle, a Cánovas... y al Sr. Duque de Rivas.

El mayor chiste del nuevo académico fue hacerle hablar de la *amenidad* literaria al Sr. Duque de Rivas.

El cual, como era natural, hizo todo lo contrario de lo que hacía Diógenes cuando probaba el movimiento andando.

El Duque se cogió a sí mismo como ejemplo de la *no amenidad*, recordando el conocido ejemplo del beodo que servía de *modelo* a los jóvenes espartanos.

Al Sr. Duque de Rivas no le gusta Rabelais.

Debemos pensar que si viviera Rabelais, tampoco sería un apasionado del Duque de Rivas.

El cual, comprendiéndolo así, se venga hipotéticamente.

Como el Sr. Pidal.

Volvamos a Castro y Serrano.

El cual, si leyera esto, se diría: -Vaya, vaya, eso es *humorismo*; no me gusta.

Siento que una persona tan discreta como el nuevo académico, haya dicho tantos disparates con motivo del humorismo.

Del humorismo se ha hablado tanto, que es ya hasta cursi el saber lo que es.

Pero el no saberlo es mucho más cursi.

El Sr. Castro llama humorismo a aquellos artículos y versos que hacían Eusebio Blasco, M. del Palacio y otros, hablando en serio y en broma por turno y mezclando los apuros pecuniarios que ellos pasaban con los grandes y eternos intereses de la humanidad... No es eso, Sr. Castro. Los grandes humoristas no son eso, no son Blasco y demás, son... bien claro se lo dice el Duque de Rivas: Rabelais, Swift... justo, justo, y otros. (¡Miren ustedes si sabe el Duque!)

En lo que está muy acertado y oportuno el autor del *Brigadier Fernández*, es en lo que dice de la redacción de nuestros documentos oficiales. ¡Sí, vive Dios! Desde la Constitución hasta el último decreto, todo está muy mal escrito. Da vergüenza. Tenemos unos *Códigos nacionales*... llenos de galicismos de palabra y de pensamiento y de obra.

De *Fomento* (!) han salido órdenes para que los estudiantes estudiaran así o asado, y por culpa de las anfibologías, ni ellos ni los empleados de la secretaría sabían qué se podía estudiar y qué no.

Y lo mismo digo de los demás ministerios. Redacta usted mal una ley de *Aguas*... y resulta la *Trasatlántica*, por ejemplo.

¿Por qué se escapan con los fondos tantos cajeros? Porque no saben si la ley orgánica les consiente o no cargar con el santo y la limosna. Se dice que hay aquí mucha inmoralidad. No es verdad; lo que hay es mala sintaxis. El único que sabe un poco de gramática, sea del color que sea, es Sagasta, y por eso manda tanto tiempo.

Pero me temo que caigo otra vez en el *humorismo*. Todo me vuelvo paradojas, hipérboles y falta de orden y formalidad. ¡Malo, malo! Por aquí se va a Rabelais, ese quídam.

No seamos *Rabelaises*, seamos más bien autores de algún cuento verosímil y hasta histórico, del cual resulte algún beneficio para la sociedad o para los particulares, en moneda contante y sonante.

No recuerdo si el Sr. Bremón o el Sr. Fernanflor (puede que los dos), hablando con entusiasmo de los méritos y servicios del Sr. Castro y Serrano (¿serán Bremón y Fernanflor la *nueva escuela* a que se refería Ortega Munilla? «Escuela... *malo*, pero... nueva»), dicen o dice, según, que lo principal no es que su amigo escriba bien, (claro, eso lo hace cualquiera), sino que a consecuencia de algunas de sus novelitas, de un realismo que se puede meter en una caja de ahorros, se aliviaron muchas desgracias verdaderas.

Yo respeto -pese a todos los humorismos del mundo- las obras de caridad que en efecto ha hecho con la pluma Castro y Serrano; yo confieso haberme enternecido en su día con algunas de esas narraciones... pero...

¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?

Ni para bien ni para mal se ha de echar en el saco del mérito literario ni en el de los defectos lo que sea ajeno al arte.

Si a Castro y Serrano le abonamos en cuenta literaria los resultados *reales* de sus novelas, hay que achacar a Goethe los crímenes de que fue sugestión el *Werther*...

Ni lo uno, ni lo otro.

Dios le tendrá en cuenta al Sr. Castro sus buenas obras.

Nosotros no debemos tener en cuenta más que sus buenos artículos.

Discursos y escritos claramente *literarios* han producido efectos análogos a los que alaban los admiradores exagerados de *nuestro* escritor.

En mi pueblo, en un club de republicanos, tratábamos en cierta ocasión de conmover las entrañas de nuestros ilustrados y queridos correligionarios, a fin de conseguir algunos recursillos para un emigrado francés que ni zapatos tenía. Cada orador procuró, según su estado, despertar la piedad del auditorio. Mas este no acababa de ablandarse; hasta que, por fin, un tribuno fogoso, cansado de recorrer toda la gama del patos clásico y del romántico, exclamó en un arranque de espontaneidad: -En fin, ciudadanos, nuestro correligionario francés está... (aquí un participio pasivo de la segunda conjugación y del *folk-lore* prohibido). Aquel participio, tan enérgico como antiparlamentario, abrió todos los corazones y todos los bolsillos.

Por eso digo, que no hay que confundir los efectos patéticos y los resultados útiles con la literatura como arte.

Las novelas vulgares del Sr. Castro y Serrano son, en efecto, muy recomendables; pero no por su aspecto de obra pía, sino por ciertas habilidades intrínsecamente artísticas. Lo cual no quiere decir que sean obras maestras. No, ni mucho menos. Justamente lo que más encanta en ellas a muchos lectores, que después escriben de crítica, es su parecido extremado con la realidad ante-estética (ante, no anti), esto es, lo que tienen de deficiente, de no acabado. Son novelas a medio hacer; *cartones* para cuadros, podría decirse.

El Sr. Castro y Serrano, que ha sabido sacudirse de encima el casacón ridículo de los pseudo-clásicos de Academia, no acaba de ser un verdadero escritor *moderno* por preocupaciones de otro género; sobre todo por la preocupación de no querer estudiar de veras el movimiento filosófico y artístico contemporáneo de los países de primer orden intelectual. Siendo, como es, hombre de mucha lectura y experiencia en otras materias, es lástima que por la ignorancia de que trato haya permitido a su pluma escribir artículos tan absurdos como aquel de *Las potencias del alma*, en que ostentaba una psicología capaz de desacreditar a una nación entera. En este mismo discurso de la Academia se ve claramente, por lo que dice y por lo que calla, lo muchísimo que no sabe de estética y de historia literaria.

Pero, de todas suertes, si suponemos que para los escritores no hay purgatorio, no hay más que cielo o infierno, al Sr. Castro y Serrano... ¡qué diablo!, hay que dejarle entrar en el paraíso.

Fabié académico

Los boticarios ¿pueden ser filósofos? Indudablemente. Lo era Mr. Homais, el famoso farmacéutico de *Madame Bobary*; lo es a su manera el doctor Garrido y lo es Fabié, ese hegeliano de la extrema derecha de Martínez Campos.

Pero ¿conviene hacer de un Mr. Homais o de un doctor Garrido, o de un Fabié, un académico?

Conviene para que la trampa se lleve la Academia cuanto antes.

La Academia ya no sirve ni para hacernos reír.

Su descrédito es tal, que ya no escandalizan a nadie las escandalosas elecciones que estamos viendo cada vez que se muere un inmortal. Las injusticias académicas son ya a los fueros del buen gusto y de la literatura nacional, lo que es a la honestidad la última cópula de la *scortum* callejera. ¿Qué importa una liviandad más después de tantas liviandades?

Donde están Catalina, Barrantes, Commelerán y el marqués de Pidal y otros por el estilo, ¿quién estará de más?

No cabía menos y todavía no cabe.

No cometeré, pues, la injusticia de decir que Fabié no es digno de entrar en la compañía de solecismos mutuos de la calle de Valverde. Lo es. No será el último, ni el peor.

¿Que qué ha escrito Fabié? Ha escrito de su puño y letra la traducción de la traducción de Vera de la *Lógica* de Hegel.

Fabié viene a ser a Hegel lo que Alejandro Pidal a Santo Tomás; sin más diferencia que ser Pidal muy listo y Fabié muy arrimado a Martínez Campos.

El secreto de Pidal es que... él no ha leído a Santo Tomás; pero lo ha leído Fr. Zeferino, a quien, por la gracia, se le ha hecho cardenal (y bien hecho está).

Pues bien; como Fabié no tenía más Fr. Zeferino que Martínez Campos para que le leyera a Hegel... ha tenido que leerlo él mismo, aunque traducido por Vera.

Pero es el caso que Pidal sin leerlo, entendió a Santo Tomás (díganlo sus *mesticismos* y sus consejos a los ferrocarriles y al Sr. Bäuer, sacados todos de la *Summa* a pulso), y el Sr. Fabié leyéndolo no entendió a Hegel.

Y eso que Martínez Campos, cuando le contaron la anécdota que recuerda Heine relativa a las últimas palabras de Hegel, exclamó:

-Pues si ese señor Hegel dijo al morir eso, que sólo le había comprendido un hombre, y ese mal, lo dijo por Fabié.

Porque Martínez admira a Fabié desde que este le dijo en cierta ocasión:

-Mi general, si los periodistas le censuran a usted porque discurre con alguna dificultad y no muy a derechas, no le pese a usted. No hay cosa más nociva que la reflexión unilateral y meramente discursiva.

Y para convencerle le leyó toda la *Introducción* que el mismísimo Fabié, que es el diablo, le puso a la traducción de la traducción de la *Lógica*.

Es claro que Martínez Campos se quedó dormido mientras Fabié disparataba; pero después que despertó es fama que dijo:

-¡Qué hombre... qué sabio... tan... tan unilateral y tal! A este hombre le hago yo ministro.

Y no sólo le hizo ministro sino académico.

Porque esta es otra corazonada.

Cánovas *motu proprio* no hace académico a Fabié.

Fabié, que no sabe alemán, tampoco sabe español; de modo que es un apóstol del hegelianismo que está muy lejos de tener el don de lenguas.

La *Introducción* que Fabié osó poner delante de la *Introducción* de Hegel es la pieza filosófica más disparatada y divertida que se ha visto. Empieza con unos periodos que no tienen fin, ni pies ni cabeza; pierde el hilo de la oración, y cuando cree estar hablando de unos *problemas*, resulta que habla de unos *esfuerzos*; dice, entre otros disparates, que la existencia es el *vestigio de la actividad*; y como niño con zapatos nuevos, con su indigestión de Hegel traducido, se cree superior a todos los pensadores del mundo y habla una y otra vez con un desprecio sublimemente cómico del *pensamiento unilateral*, que a él debe figurársele así como una *hemicránea*. En la dichosa *Introducción* emprende cinco o seis veces la historia de la filosofía, y no hace más que decir las vulgaridades de los manuales y *pietiner sur place*.

Lo indescriptible, lo que hay que ver, es el tecnicismo del idealismo hegeliano convertido en *castellano* por Fabié. Parece la filosofía en poder de un jefe de negociado, que tiene que *dictaminar*, como dicen ellos, acerca de lo absoluto y de la idea en sí...

En fin, no hay cosa más ridícula en el mundo que el hegelianismo de Fabié, sobre todo desde el punto de vista de la gramática castellana.

Los que enseñan filosofía en las aulas habrán notado los gravísimos disparates que dicen los estudiantes desaplicados y atrevidos que se meten a contestar *a ratióne*, como dicen ellos, atropellando las reglas de la lógica y aplicando las voces técnicas a tontas y a locas; pues así escribe Fabié de filosofía idealista.

«La India es el *momento inmediato* del espíritu; Grecia es la *reflexión externa*». Y él se queda tan fresco diciendo: Estos que creéis disparates no lo son más que para vuestras mulleras unilaterales.

¡Infeliz! No comprende que se puede estar de vuelta de todo el convencionalismo hegeliano y, sin embargo, ni aun para aplicarle, emplear de buenas a primeras esas frases absurdas, del *momento inmediato*, la *reflexión externa*, etc., etc. Lo que hay es que Fabié no sabe expresar en español lo que no ha entendido en francés o en italiano y fue pensado en alemán.

¡Y a un hombre así, que ni siquiera puede ser buen católico, si quiere ser hegeliano, me lo hace Cánovas académico!

No, no puede ser. Esta vez no ha sido Cánovas el culpable.

Ha sido Martínez Campos, que también se prepara a entrar en la Academia y para hacer méritos está escribiendo una *Fenomenología del espíritu... de cuerpo* del arma de caballería...

¡Fabié en la Academia por filósofo!

Y todavía hablarán de los *manes* de Vives y Lulio y Foxo Morcillo y doña Oliva...

La filosofía en España consiste en llegar a ministro, ya sea calumniando a Hegel o parodiando a Santo Tomás.

Para concluir:

Más quisicosas del académico electo y farmacéutico:

«La seguridad *admirable* con que Hegel... es tanto más *admirable*». -¡Admirable!

«Se crea *la Prusia*». -«*Emanuel Kant*».

«El derecho *justiniano*» (por justiniano).

«Los vestigios más *remotos* y *antiguos*». -Así, y mucho peor, escribe el nuevo candil de la Academia. Yo no tendría inconveniente en explicar un curso de disparates filosóficos y gramaticales sacados de la Introducción de Fabié.

Que me lo paguen, y lo doy.

Un discurso de Cánovas

El Sr. Cánovas ni se dobla ni se rompe; ni se rinde ni se arrepiente. Está empeñado en ser un *cursi moral y político*, y lo consigue. Todos los años por este tiempo lee su discursito en el Ateneo y allá va una ciencia más al diablo; todo lo toca, todo lo mancha, y como dijo un autor, el señor Cánovas hace de todo saber de *clerecía*, con toda *rama* de la ciencia humana... lo que los perros con las esquinas.

El año pasado nos dio Cánovas un trabajito muy recortado y muy vulgar, digno de un mediano estudiante que lee su tesis ante el tribunal del doctorado. Se trataba entonces de materia meramente política, casi se reducía el trabajo de Cánovas a extraer un libro nuevo, que todos los aficionados a estas materias habían leído, y ¡anda con Dios!, el discurso podía pasar... al archivo de las cosas insignificantes. Lo que distinguía el opúsculo de D. Antonio era... lo único que da unidad a todos sus escritos; el estilo perro y el régimen endiablado.

Este año la *obra* de D. Antonio ni siquiera es digna de un estudiante mediano. Hoy, cualquier joven que escribiera el *discurso* del *doctorado* tratando la llamada *Cuestión social*, o siquiera, y más correctamente, la *Cuestión obrera*, pondría mayor diligencia en procurarse fuentes nuevas e interesantes, que el Sr. Cánovas ha dejado en perfecto olvido. Tratar en el año 1890 la cuestión obrera con citas de autores franceses exclusivamente, refiriéndose a los alemanes por tabla, o sea por el manoseadísimo Cusumano y... por el Sr. Escartín, francamente, es demostrar demasiada pobreza de estudios preparatorios. ¡Y

estas citas de Blanqui, de Baudrillard, de Mauricio Blok y otros así son del presidente del Consejo de Ministros, de D. Antonio Cánovas del Castillo, que se hace llamar sabio en la *Deutsche Rundschau* y en la *Revue des Deux Mondes*, etc., etc.!

El Sr. Cánovas, que llama *escritores económicos* a los que tratan de economía (más valiera llamarlos *ecónomos*, como un ricacho de mi pueblo), nos recomienda, como si fuéramos chicos de la escuela, las obras de Cusumano y de Escartín para que nos enteremos y seamos sabios como dioses, o por lo menos como Cánovas. Tantas gracias, D. Antonio, tantas gracias, pero tememos que se nos indigeste tamaña sabiduría. ¡Cusumano, Escartín, ahí es nada! No, no probaremos la fruta del árbol del bien y del mal. Pero, recomendación por recomendación, ¿por qué no se da una vueltecita D. Antonio por la gramática y por la retórica? ¡Hay cada manual, como el del *económico* Cusumano, que se lee en un periquete!

Es claro que yo no voy a tratar aquí de la cuestión obrera con motivo del discurso de Don Antonio. *Clarín* no hablará jamás de *ciencias morales y políticas*, y en punto a las relaciones del trabajo y el capital, me limito a creer que son pura conversación esas comisiones para resolver la *Cuestión social*, que unas veces preside Moret y otras veces preside Cánovas.

Después de todo, el discurso de D. Antonio no tiene sustancia, acaba por no decir nada; y si algo dice, es que los obreros deben andarse con ojo, porque si se extralimitan y no se contentan con ser obreritos para casa de los conservadores, morigerados, dignos de que los *cante* Doña María Sinués de Marco o D. Teodoro Guerrero; si se atreven a pedir gollerías... le huele a Cánovas que va a haber palos. Esa es la síntesis. Nada entre dos solecismos.

Lo que a mí me importa en el discurso de Cánovas no es el fondo o el *bajo fondo* como diría un traductor, sino la forma.

El discurso comienza así: «Va a hacer estos días veinte años (*un día de estos*, quiso decir, hará veinte años) pero le pareció el giro demasiado familiar y prefirió reemplazarlo por un disparate; porque el vigésimo aniversario de la fecha que usted conmemora es un día determinado, (no *estos días*) que tomé aquí asiento por vez primera (señalando, supongo yo, al sillón presidencial, porque si no puede entenderse el *aquí* por el Ateneo o su cátedra; decir aquí para indicar el lugar en que descansan las posaderas, que diría Sancho, ni es muy propio ni muy decente) y con el *propio* fin de iniciar vuestras tareas anuales (*nuestras* hubiera sido más *propio*, porque nadie inicia las tareas de los demás). *Ocupábalo* con hartos más desembarazo que hoy...». Vamos despacio: ocupábalo ¿el qué?, el sustantivo masculino más cercano es el propio fin. ¿Ocupaba el fin? No; el asiento. Cánovas no sabe que hay anfibología *aquí* (en el asiento), porque ni el asiento es lo inmediato, ni el sujeto de la oración anterior. ¿Pero qué sabe él de estas cosas!

«Ocupábalo (el asiento) con más desembarazo que hoy». Observe el Sr. Cánovas lo poco poético y aun lo poco elevado del tropo que emplea. Es claro que el asiento *aquí* representa otra cosa, es un signo en vez de la cosa significada; pero ¿no pudo escoger

cosa mejor que el desembarazo o embarazo con que se sienta? ¿No ve que los maliciosos podían llegar hasta creer que *hace veinte años estos días* no tenía usted almorranas y ahora sí? Ello va a ser que ahora está usted menos cómodo porque es presidente del Consejo de Ministros... ¿Pero qué tiene que ver el asiento con eso? Los tropos sirven para llevar la imaginación de lo abstracto a lo gráfico, a lo plástico... ¿Quiere el Sr. Cánovas que nos representemos las *espinas* del poder colocadas sobre el asiento y debajo del Sr. Cánovas...?

«Sin que de mi doctrina *esperase o temiese* nadie aplicaciones prácticas».

Sobra la disyuntiva *o*, porque no es incompatible esperar y temer; el que teme un palo también lo espera.

«Más que reprehensible aún, sería innecesario (quiere decir inútil) que *detentase* hoy esta cátedra con fines personales de ningún género». Cánovas no sabe lo que significa *detentar*; es un término forense, según el Diccionario, que sólo significa retener lo que no nos pertenece, y hablar en una cátedra de lo que no es en ella oportuno será profanarla, mancharla, lo que Cánovas quiera menos detentarla.

En un párrafo muy largo empieza D. Antonio todos los cólonos, y son muchos, con esta frasecilla del mejor gusto: «porque esto de que... porque esto de que...» y en seguida: «Pero a todo esto...». Así, así, venga poesía. ¡Y a *esto* lo llaman gran orador!

«Los hombres de ahora cumplirán, *en toda su extensión*, con el respectivo deber...». Que venga Dios y vea si esto no significa que los hombres van a cumplir su deber... de los pies a la cabeza: en toda su extensión.

Habla D. Antonio de *obligaciones* que corresponden a la teosofía, a la filosofía espiritualista y a la ciencia del Estado. Primeramente, las ciencias no tienen obligaciones, ni siquiera de esas *obligaciones éticas* de que usted habla más adelante (como si todas las obligaciones no fueran *éticas* además de lo que puedan ser por razón de su materia). Después no hay ninguna ciencia que se llame filosofía... *espiritualista*. Y por último, la *teosofía* no es lo que usted quería decir ahí; la *teosofía* es un modo especial de *teología* o *teodicea*, que es lo que usted quiso decir. Y si no, consulte el Diccionario de ustedes, que sólo admite teosofía por teología como arcaísmo. «La caridad cristiana y su remedo el *altruismo*...». El altruismo no es remedo de nada: es el nombre especial que Comte dio a la característica moral opuesta al egoísmo. De la filantropía (puesta en ridículo en el siglo pasado por el *Filantropinun* de Basedow y otros) se dijo eso de ser remedo de la caridad; pero el altruismo ¿qué tiene que ver?

¡Qué pedante y qué ignorante, todo junto, es D. Antonio! Una y otra vez, al hablar del dominio según la tradición del *dominiun* romano, el de los quirites, lo llama *la propiedad justiniana* (justiniana, que diría Barrantes). Ese epíteto le parecerá a él muy de sabio, le llenará la boca... pero es impropio, pues ese carácter de absoluta que tiene la propiedad romana, no le viene de Justiniano, sino del tiempo del derecho estricto; cuanto más atrás vaya, más *quiritaria* encontrará la propiedad, hasta llegar a la exclusiva propiedad civil

de las cosas *mancipæ*... ¡Un pedante hace ciento! ¡De qué cosas le obliga a uno a hablar D. Antonio por su afán de meterse en ángulos y arquivadas!

Y basta... Cualquiera persona de mediana cultura llega a sentir hasta náuseas ante el tristísimo espectáculo que dan tantos majaderos españoles empeñándose en que veamos un sabio de ley en el hombre que ha demostrado en *todos y cada uno* de sus discursos que su sabiduría se reduce a la vana «*vielwisserei*» (*non multum, sed multa*) que tantos estragos causa entre los bachilleres; en el hombre que no abre la boca sin que diga un desatino, y que si habla en latín dice cuatro desatinos en cada palabra.

FIN